EUROPA, UNA VORÁGINE Y UN SALTO

EN UNA CRISIS DE COMPLEJIDAD CRECIENTE, CÓMO DESCENDER Y ASCENDER DEL ABISMO

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 124(a)/2021

Research Papers

ASP Analistas Socio-Políticos

EUROPA, UNA VORÁGINE Y UN SALTO

EN UNA CRISIS DE COMPLEJIDAD CRECIENTE, CÓMO DESCENDER Y ASCENDER DEL ABISMO

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 124(a)/2021

Índice

1. Europa, su capacidad de agencia y la resiliencia de sus estados naciones

2. España, una trayectoria dramática

3. La pandemia, clave de la crisis y signo de los tiempos

4. El descenso, el salto sobre el abismo y el ascenso del *Maelström*

5. Importancia estratégica de los pequeños espacios y las gentes corrientes, el sentido común y la sociedad civil

Referencias bibliográficas

Este trabajo ha sido elaborado en el marco de la serie de “Estudios sobre Europa” patrocinados por Funcas.

Víctor Pérez-Díaz es Presidente de Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios.

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Berta Álvarez-Miranda Navarro
Joaquín Pedro López Novo
Josu Mezo Aranzibia
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional / International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences) (†) (Founding Member)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris) (†) (Founding Member)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology) (†) (Founding Member)
Michele Salvati (Università degli Studi di Milano)

© Víctor Pérez-Díaz
Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
O en parte sin permiso previo del autor

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: 1134 - 6116

Este ensayo tiene como objeto explorar algunos aspectos del contraste entre la (gran) crisis actual en Europa, y en España, y la (limitada) capacidad estratégica de tales comunidades políticas para hacerla frente. Lo abordo desde una perspectiva sociocultural que enfatiza el carácter de drama abierto de la crisis y la sensación de desbordamiento de aquellas comunidades por la gravedad y la urgencia de sus problemas, así como algunos aspectos del sentido y la dimensión moral de su respuesta. Al mismo tiempo, destaco el papel que puede jugar la ciudadanía, la sociedad civil, las gentes corrientes en el manejo de la crisis. Utilizo una figura literaria, la del *Maelström* del relato de Poe*,* para ilustrar mi argumento – y hago uso de una variedad de materiales y referencias procedentes de las ciencias sociales, narrativas, arte, historia, filosofía moral, estadísticas, testimonios personales, crónicas periodísticas, cultura popular (películas incluidas), y me permito ocasionalmente algún breve *excursus* con el propósito de ampliar el marco espacial y temporal, e intelectual, de la discusión.

Continúo con este trabajo una serie de ensayos sobre Europa en los que mi atención se ha centrado en otros factores socioculturales tales como el sentido de los límites, el papel de la memoria en el reforzamiento de los sentimientos de identidad y la disposición a comprometerse en una variedad de juegos estratégicos (Pérez-Díaz, 2020a), así como la prudencia a la hora de manejar los sentimientos de desconfianza mutua (Pérez-Díaz, 2020b).

1. Europa, su capacidad de agencia y la resiliencia de sus estados naciones

El relato sobre la construcción europea, y la experiencia vivida de los europeos

A la vista de los tres cuartos de siglo transcurridos desde el final de la Segunda Gran Guerra parece claro que llevar adelante la construcción europea reduciendo su ciudadanía a un papel secundario (poco más que al de ser movilizada para participar en un referéndum tras otro, aceptar regulaciones, recibir ayudas estatales) reduce la capacidad de agencia de Europa como comunidad política; y amenaza con convertir la ironía de Eric Voegelin (en su autobiografía intelectual; 1989: 107) acerca de "la famosa Europa que nunca existió" en una suerte de profecía: "Europa como la promesa indefinida que nunca acaba de realizarse". Realizarla requeriría reforzar el propósito y el concurso de todos; e incluso rectificar el rumbo.

Varios factores institucionales y culturales han influido e influyen negativamente en ese proceso de construcción europea con participación cívica reducida. Una larga historia de conflictos intra-europeos, exacerbados en la primera mitad del siglo XX, de luchas partidistas, de competición económica y de expansión colonial ha propiciado el énfasis en la dimensión nomocrática del sistema político europeo, es decir, en el orden jurídico y las reglas de juego, y no tanto en la dimensión participativa del mismo.

El déficit de agencia ha estado presente desde el principio. Los estados-naciones europeos iniciaron su aventura de una Europa unida con una capacidad de agencia reducida, quebrantados como estaban por la última guerra, y necesitados de defensa y apoyo exterior. Prosiguieron su aventura con una actitud ambivalente. Querían una Europa (y unos Estados Unidos) que les protegiera y, al mismo tiempo, reservarse una parte sustancial de su soberanía. En consecuencia, después, sus clases políticas han ejercido su liderazgo poniendo de manifiesto un carácter bipolar, reflejado en una serie de contradicciones performativas por las cuales, por una parte, promovían el espacio público europeo con una retórica europeísta y, por otra, lo fragmentaban con una práctica atenta, sobre todo, al interés nacional (Pérez-Díaz, 1997).

Ahora bien, una retórica semejante tiene consecuencias; porque si el simbolismo se distancia de la realidad de referencia, ésta se debilita. Y así sucede que apelar a la identidad colectiva europea basándose en narrativas de recuerdos y proyectos resulta superficial cuando éstos se

quedan en meros recitativos y doctrinas, y no logran incorporarse a la experiencia de la gente y convertirse en su cultura vivida. Esta conversión puede ser difícil y laboriosa, porque la evocación de recuerdos es a veces dolorosa y exige un esfuerzo moral y emocional considerable, y porque no es fácil articular un proyecto común para países económica, social y culturalmente tan diversos, sin atender al entrecruzamiento de sus muchos intereses y pasiones.

Puede parecer paradójico pero la retórica europeísta resulta aún menos persuasiva cuando en el espacio público predomina un marco interpretativo binario como el de europeístas *versus* nacionalistas. La razón es que ese contraste suele inducir a confusión, primero, porque los oponentes pueden tergiversar sus posiciones; de hecho, ni los europeístas suelen perder de vista por un momento su interés nacional, ni los nacionalistas, tener el menor interés en dejar Europa. Pero, segundo, sobre todo, porque ese marco binario constituye una fuente de mistificación, ya que disimula el acuerdo de fondo entre europeístas y nacionalistas sobre sus raíces comunes y el significado mismo de su enfrentamiento. Ese significado subyacente común es el de afirmar versiones distintas de una misma visión de la política como el terreno donde se despliegan grandes estrategias de afirmación de la voluntad de poder y de dominación de unos sobre otros (territorios, partidos, clases, comunidades étnicas y culturales, etcétera): estrategias que, en último término, cuestionan radicalmente la existencia misma de una comunidad política que (les/nos) englobe a todos.[1]

El propósito de construir Europa como una comunidad política, un *demos,* con una amplia capacidad estratégica, implica superar aquellos obstáculos desarrollando la capacidad cognitiva, emocional y moral de los políticos y los ciudadanos europeos; lo cual reforzaría en ellos el impulso para la acción colectiva, para el entendimiento realista de su situación, y para escoger su rumbo. Impulso y sentido de la realidad pueden traducirse, en lenguaje figurado, como impulso para volar y prudencia para orientar el vuelo (Pérez-Díaz, 2020).

Un drama abierto, y ¿una deriva en curso?

En esta última década, Europa en general y los diversos países europeos, como España, en particular están viviendo una crisis. Pero esta crisis no forma parte de una tendencia ineluctable: es un drama abierto a varios posibles desenlaces, según cómo lo perciban y lo valoren los agentes en cuestión, y lo que, en consecuencia, hagan u omitan hacer: según sus actuaciones y sus actitudes. Ahora bien, justamente ahora, la actitud de muchos europeos es la sentirse desconcertados, desbordados por la deriva de los acontecimientos (crisis económica, pandemia), y se ha ido ensombreciendo. Es como si hubiera cambiado, casi de súbito, el espectáculo en la esfera pública. Lo que se anunciaba como una escena de "Final de la Historia", el triunfo definitivo de la Ilustración y la Modernidad, y parecía evocar el crescendo del final de la Novena Sinfonía, con su "Himno a la Alegría" (himno de Europa), ha dado paso a una escena del último acto del "Canto del Cisne". Con un *tempo* muy distinto. Pasando del ímpetu de Beethoven a la melancolía de Tchaikovski, la amada, metamorfoseada en cisne blanco, se desvanece. Y con ella, ¿cabe imaginar que el "mito de Europa" también se desvanece? ¿Como ya pensó un espectador comprometido y crítico como Tony Judt (1996: 140) que estaba a punto de ocurrir con el mito fundador (*founding myth*) de Europa, incluso un poco antes?

Lo cierto es que, hoy, se ha pasado de un clima de triunfo, o al menos de un buen pasar, a otro que, para muchos, nos situaría al borde de la supervivencia. Quizá nos habíamos acostumbrado a manejar el mundo de la política y la economía, la sociedad y la cultura europeas como si los

[1]Desarrollo este tema en mi ensayo "Europa y el triunfo de la paz sobre la guerra" (Pérez-Díaz, 2021 [en prensa]).

sistemas institucionales y los relatos que lo articulaban encajaran entre sí o, haciéndolo sólo a medias, no se rompieran y aguantaran lo suficiente para seguir avanzando.

Pero ahora ha tenido lugar un giro inquietante. Y se ha hecho más acuciante la duda sobre si este mundo moderno nuestro, Europa incluida, no estará incurso en una gran deriva: la propia de un capitalismo distorsionado, una democracia partitocrática y polarizada, una sociedad fragmentada y atomizada, y una cultura superficial y confusa. Y más apremiante la pregunta sobre si, de agravarse, esa deriva no conduciría al dominio de unas elites (y contra-elites) centradas en sí mismas y, al tiempo, jugando el doble juego de la hostilidad mutua y de la complicidad entre ellas. Probablemente extraviadas en un laberinto de contiendas y compromisos; y siempre con el objetivo de controlar un espacio público errático y repleto de tergiversaciones – lo cual, a su vez, haría imposible su control por parte de la ciudadanía facilitando así el desarrollo del carácter oligárquico y demagógico de la política.

***A propósito del* Brexit**

Aunque tratemos de no sobredramatizar la situación, y nos coloquemos en una actitud de duda razonable (o de "optimismo pragmático"), no cabe negar que la crisis actual nos sorprende en un momento en el que Europa como agencia colectiva sigue todavía en el proceso de hacerse; o, al menos, de hacerse lo suficiente como para protagonizar la respuesta a la crisis. Porque Europa puede influir en el curso de las cosas, cierto; pero no tanto como para pensar que ello refleje una gran estrategia coordinada y persistente. Influye a medias, y como desde lejos; y lo principal que suele hacer es recordar a cada estado nación que debe poner su casa en orden. Y aunque, en las condiciones actuales, ese recordatorio importa, y mucho, no hace sino poner de manifiesto que el estado nación sigue siendo el principal responsable de la respuesta a los retos sanitario, económico, social, político y cultural de la crisis actual.

Para algunos observadores, el *Brexit* proporciona una gran oportunidad para avanzar hacia una Europa más integrada. Suponen que el Reino Unido perturbaba la realización del sueño de la unidad de Europa, y que ahora, desembarazada de él, Europa se integrará antes y mejor. Pero este supuesto parece un tanto ilusorio si consideramos los siglos de guerras de las que ha surgido, en buena medida a causa de ellas y configurada por ellas, la Europa de hoy; e incluso la experiencia de la Europa de las últimas décadas – por todo lo cual cabe que el ejemplo del *Brexit* refuerce la tendencia a la autonomía de los países miembros. Quizá porque, al menos hasta ahora, el sueño europeísta ha sido compartido por la mayor parte de los europeos no tanto como un sueño que se intenta realizar cuanto como uno que nos entretiene y nos ocupa poco más que en nuestras horas de ocio.

No sería un sueño a realizar, y realizar ya, por varias razones – y no todas igual de poderosas. Algunas se derivan de diferencias en ideologías políticas (relatos, gestos, discursos), entre sobre-todo-nacionalistas y sobre-todo-europeístas. Pero, por otro lado, tampoco conviene sobrevalorar esas diferencias. Porque la experiencia sugiere que los populismos y nacionalismos de izquierda o de derecha, socialdemócratas, conservadores o liberales suelen ser todos, a su modo, patriotas; y, además, están obsesionados con conseguir el poder y conservarlo, lo cual implica la persistencia de la patria a la que se pretende liderar. Ello se aplica a los partidos extremos: extremos sí, pero no tanto que no estén atentos a hacerse un hueco en el gobierno de coalición de turno. De hecho, casi todos se acomodan a "lo que hay": una Europa en cuyo centro se sitúa una Unión Europea funcionando a medias, y esperando que todo siga yendo adelante sin forzar el ritmo.

En ese contexto, tampoco parece probable que el proyecto europeo se beneficie del discurso post-nacionalista de los globalistas de izquierdas y derechas en sus diferentes encarnaciones. Ni

el de los mundialistas ecológicos; ni el de los compañeros de viaje de chinos o rusos partidarios de economías "socialistas de mercado" y democracias autoritarias, iliberales, con sus respectivos *establishments* bien asentados en el control de la política, la economía y los medios de comunicación. Ni el de los futuristas atentos a la última tecnología y la última innovación, fascinados por la expectativa de una revolución permanente que se prolongue en una continua transformación humana y post-humana – y que están en una longitud de onda muy distinta.

En realidad, una razón de más peso a favor de la primacía (de hecho) del estado nación se deriva del dato primordial de que, durante algunos siglos (a veces quince, a veces cinco, a veces dos), y aun ahora, con la globalización y la integración europea en marcha, las diferencias entre los estados-naciones europeos siguen siendo *vividas* por la inmensa mayoría de los ciudadanos (incluidos los globalistas, al menos en su vida corriente) como determinantes. Y por ello, incluso los europeístas se sienten obligados a hablar en términos de una Europa de naciones hermanadas, que se tengan en cuenta y se ayuden mutuamente.

¿Ciudadanos "soberanos" de Europa?

Este lenguaje en clave nacional suena tanto más plausible cuanto que los ciudadanos se sienten ser eso, "ciudadanos", pero no en tanto que "ciudadanos del mundo" y sujetos de "derechos humanos", sino, sobre todo, como ciudadanos de "su" país. Es "su" país: "suyo" porque se sienten "soberanos de él". Sujetos no simplemente de derechos, sino de derechos y deberes, y, en particular, con poderes. No ciudadanos por cuanto se les aplican las leyes, sino por cuanto ellos tienen (o creen tener), de alguna forma, el poder (y la responsabilidad) de hacer las leyes. Y cuyos políticos son, o al menos parecen ser, abordables por, y responsables ante, el público (Olsen, 2019); políticos de quienes, por lo pronto, se sabe su nombre, y parecen relativamente cerca.

En cambio, en tanto que ciudadanos europeos, las gentes apenas entienden a los políticos y funcionarios con acceso al poder en la Unión Europea, ni se comunican con ellos; de hecho, ni siquiera suelen compartir la misma lengua. Les falta un espacio de conversación, – por lo cual, si los ciudadanos entienden a medias los problemas de su propio país, tanto menos entienden los de Europa.

Y ello ocurre tanto más cuanto que, a las dificultades de comunicar con los políticos europeos, se suma la dificultad con la que los ciudadanos europeos se comunican entre sí, directamente. Como turistas, como visitantes por un motivo u otro, intercambian sonrisas o frases de acogida y despedida, con servicios ocasionales, pero hablan otro idioma y usan otros gestos. Confían en sus conciudadanos europeos algo, sí, pero depende sobre qué; y ante cualquier malentendido, fácilmente intuyen o sospechan juicios reticentes por parte de ellos. Todo su paisaje, con sus lugares de la memoria de famosas batallas (y su literatura, y sus frases hechas) está repleto de recuerdos que pueden, y suelen, reavivar sus reservas.

Además, los propios políticos se lo ponen difícil a sus conciudadanos, porque no les cuentan bien (y con frecuencia, ni bien ni mal) los temas europeos. Centran el debate público, obsesivamente, en los asuntos locales; y, a nada que ocurra, pueden abusar de los conflictos de interés, de opinión o de identidad entre unos y otros, para difundir entre las gentes una actitud desconfiada.

En todo caso, cuando se convierten en políticos europeos operando a escala continental, los políticos locales se transforman. Se les percibe lejos. Se van "a Flandes", como decían los españoles en tiempos de los Austrias. No se sabe de ellos. Ganan más dinero y se revisten de una aureola de importancia. Y, en el imaginario popular, se convierten, al tiempo, en poco

menos que irrelevantes; e incluso parece, a veces, que ellos mismos se aburren recitando una homilía europea. Sin quererlo, estimulan la indiferencia de los ciudadanos hacia Europa, salvo en lo que concierne a los intereses locales. Y así ha ocurrido desde el primer momento, que en España fue hace ya treinta y cinco años (su ingreso en las Comunidades Europeas fue en 1986). Todo esto sugiere un clima de consenso europeísta fluido pero superficial, en torno al simbolismo y la realidad de la *polis* europea, que los rituales políticos europeos parecen convertir en un objeto de culto para iniciados.

Contra el telón de fondo de estas experiencias, ha tenido lugar una deriva por la cual la ciudadanía de cada país se ha instalado en una actitud mezclada de ignorancia e indiferencia respecto a los problemas políticos de los otros países europeos. Por lo demás, esta indiferencia mutua entre países es congruente con una orientación general de la cultura ambiente, más bien acorde con el principio de "cada uno a lo suyo" y en cuanto a lo común, "ya se irá viendo". Lo común sería "demasiado complicado". Tal vez "demasiado lejano". Y se acaba actuando como si hubiera unos dioses remotos que deben saber de qué se trata al respecto, pero no lo dicen muy claro, y, cuando por fin lo dicen, y se sabe, es para constatar que cada país tiene "su" bien común, y los otros, van por libre.

Y ahora... ¿reconstruyendo la constelación de estados naciones?

Así pues, el Reino Unido se va; pero, aparentemente, no es para que "todos juntos" canten el "Himno a la Alegría" de Schiller y Beethoven, sino ¿para que cada cual vaya a lo suyo, aunque todos compartan la retórica del "hay que coordinarse"? Puestos a intentar esta coordinación podríamos partir, más que de los veintitantos estados naciones, de un esquema simplificado de cinco vectores: tres subconjuntos de países relativamente parecidos, y dos cuasi protagonistas.

La llamada nueva Liga Hanseática, de Holanda y Escandinavia y los países bálticos, está ahí, con un mensaje de gobernanza prudente y de política económica y social que parece afín al de Alemania, pero no encaja con lo que hacen, o parece que hacen, o parece que quieren hacer los países latinos y mediterráneos. A quienes aquellos suelen referirse con una mezcla de simpatía e indiferencia, tacto y desdén, compasión y ánimo pedagógico. Países latinos y mediterráneos obviamente muy distintos entre sí y que, aparte de contagiarse las quejas unos a otros, suelen hacer poco juntos, cada uno (Italia, España, Portugal, Grecia) con una historia asombrosa pero al parecer lejana. Por su parte, los países de Visegrado (Polonia, Hungría, Chequia y Eslovaquia) parecen participar de algunas obsesiones comunes y una cierta distancia respecto al resto, resultado de una historia, y una posición geopolítica, singulares, habiendo soportado una doble experiencia totalitaria y sobrevivido a ella intentando ser fieles a sí mismos (Laignel-Lavastine, 2005).

Y con los presuntos líderes del conjunto, Francia y Alemania, sin ejercer tal papel protagonista. Casi siempre no muy confiados, en realidad, el uno en el otro. Queriendo, pero no sabiendo si quieren de verdad, o a medias, liderar al resto de los países, o acompañarlos, y guiarlos desde atrás como los buenos pastores ¿hacia...? Todavía no lo saben ellos mismos (al cabo de unos setenta años). Bastante tienen con irse manejando con la ronda inacabable de sus conferencias y declaraciones y admoniciones, y el ronroneo (en su caso) de sus "chalecos amarillos", y poniendo y quitando cordones sanitarios, y cara de compunción ante los inmigrantes para luego relegarlos a los suburbios de rigor. Quizá con su "quiero, pero no puedo" francés y su "puedo, pero no quiero" alemán.

Mirando al resto del mundo, las elites y los ciudadanos de a pie tienen poco más que una idea rudimentaria de cómo Europa puede afirmar su autonomía respecto a, o su co-liderazgo con, Estados Unidos – o su capacidad para modular la estrategia de éste (*stand up to the United*

States?). Tanto más difícil de conseguir cuanto que parece que los Estados Unidos no saben lo que quieren. Lo cual se ha puesto de manifiesto, no una o dos veces sino *ad nauseam,* en la sucesión de crisis y batallas de la gran región de la confluencia entre Europa, Asia y África (por no hablar de otras regiones del mundo) entre el Mediterráneo oriental y Asia Central desde hace tres o cuatro décadas: los Balcanes, Afganistán, Irán, Irak, Libia, Siria, Palestina, Israel, etcétera; y con presidentes americanos muy diversos (Clinton, los dos Bush, Obama, Trump...). Y en el caso de Irán, no hace sino repetir una y otra vez una partida de ajedrez de más de medio siglo, alternando amenazas e incentivos (*sticks and carrots*), con una política de formas sin contenido, y resultados pobres.

Y ahora, cuando Europa se da cuenta, en parte, de la oportunidad de co-protagonizar una tarea de coordinación sanitaria y apoyo económico ingente, todavía está pendiente de superar una inhibición profunda y una timidez arraigada – para que los europeos nos sintamos unidos y actuemos unidos ante un test crucial, y en una situación límite, que habrá que ir viendo cómo evoluciona.

2. España: una trayectoria dramática – y un breve *excursus*

Pero si los estados naciones son resilientes, también son frágiles. Si nos centramos en uno de estos estados naciones, en el caso español, lo primero es reconocer que, si bien la pandemia le coge por sorpresa, por otra parte, lo que no es nuevo es la sensación de fragilidad – porque las actuales circunstancias se sitúan en el contexto de una trayectoria bastante problemática. Se vive ya en medio de una mezcla de orden y desorden; ahora ese desorden (que venía de lejos) se crece, y se hace más peligroso y evidente. Quizá en parte por ello la primera reacción de los círculos más influyentes y buena parte de la sociedad es el reflejo defensivo de negar la realidad y aferrarse a la rutina; al "ya pasará" y "no es para tanto", dejando el futuro al albur del "quizá será así" o "quizá no". El recurso a la rutina apenas se oculta detrás de una mezcla de improvisación en la gestión y de lenguaje voluntarioso de grandes estrategias: de "controlaremos la enfermedad", "la venceremos", y demás. Se pasa de la conducta mágica del "la pandemia se irá" sola (y de la manera incomprensible como ha llegado) al "se irá" al conjuro de unas palabras.

Esta retórica intenta disimular la "anormalidad" de la etapa histórica en la que entramos: anormal a la vista de la fragilidad del pasado, y el pasado reciente; y de la expectativa de de un futuro próximo. Por ejemplo, omite que la experiencia deja el residuo de "un pequeño detalle": la sensación de que, a partir de ahora, la humanidad (es decir, nosotros) tendrá (tendremos) que vivir con la posibilidad permanente de otra pandemia que ocurra como ésta, de repente, sin saber cómo ni por qué. Las clases dirigentes apenas mencionan esta posibilidad; pero la gente del común lo sospecha, y lo dice en voz baja. Y así, en una encuesta reciente, dos tercios (un 64,5%) de los entrevistados consideran muy o bastante probable una nueva pandemia dentro del plazo de los próximos diez años.[2] No un asunto menor, si se piensa que en poco más de un año la pandemia ha traído consigo cerca de 85.000 muertos; y que sus efectos se combinan con los de una crisis económica de gran alcance y ramificaciones múltiples – y con un trasfondo cultural convulso, con un relato histórico dramático, espejo de algunas grandes ambiciones y varias grandes fragilidades.

El momento de desorden se sitúa en un contexto histórico de cierta duración: ciertamente, uno que no se reduce a lo ocurrido desde la transición democrática. Aunque no se trata de intentar

[2]*Encuesta ASP 20.066.* Encuesta *online* a una muestra de 1.254 individuos, representativa de la población de 18 a 75 años residente en España, con trabajo de campo entre el 10 y el 22 de noviembre de 2020.

aquí un balance de la experiencia española de este último siglo o siglo y medio, con su historia política ostensible, y su intrahistoria económica y sociocultural, baste recordar que, tras unos años bastante dramáticos (guerras civiles, crisis del 98, Semana Trágica, asesinatos de Cánovas y Canalejas...y Dato poco después), España evita la primera guerra mundial, y luego va hilvanando la huelga general de 1917, el desastre de Annual de 1921, el golpe de estado de Miguel Primo de Rivera de 1923; y los varios sobresaltos de la II República, para atravesar la guerra civil y el régimen burocrático autoritario del franquismo subsiguiente; y abocar a la transición democrática. Transición posible gracias a que, por debajo de toda aquella agitación, había ido teniendo lugar el lento, complejo y contradictorio desarrollo de una sociedad civil, al menos en su doble dimensión de mercados y tejido asociativo plural *cum* dosis sustanciales de estado de derecho – que a su vez permitió la mutación política hacia una democracia liberal. En definitiva, una "sociedad civil" como alternativa a una recurrente "contienda incivil".[3]

Esta transición ha dado lugar, pues, a una experiencia en definitiva positiva, pero también con sus luces y sombras, su alternancia de fases mejores y peores, su mezcla de orden y desorden. Esta mezcla ha permitido vivir con divisiones políticas y sociales bastante profundas; una economía en crecimiento casi continuo pero claramente por debajo de su potencial (con una tasa de paro recurrente de dos dígitos cada cierto tiempo); un espacio público un tanto repetitivo y ruidoso; y una sociedad más bien de conllevancias mutuas, que se ha ido instalando en un estado de medianía y desconcierto, resultado de haberse sometido, en momentos críticos, a pruebas de las que no ha acabado de salir airosa (Pérez-Díaz, 1996) – y saberlo.

El recuerdo de este pasado gravita sobre el presente, y ha sido y es un factor cultural decisivo que hace a la sociedad muy sensible a las bondades relativas de su predicamento actual, el de la España de la transición: nada desdeñable si se compara con la guerra civil y la postguerra. Recuerdo que perdura, no tanto en los libros y las proclamas políticas cuanto como memoria soterrada pero todavía muy viva. Una memoria por la cual se compara el estado actual con sus alternativas: las de un país roto; un país autoritario o totalitario o en trance de devenir tal, de un signo u otro; un país empobrecido y atrasado.

Sin embargo, con todos sus logros, las fragilidades de la experiencia de este medio siglo están ahí. En las últimas dos décadas, España ha estado gradualmente cada vez más ocupada tratando de no romperse, con la posibilidad de que Cataluña se separe – y es fácil imaginar lo que, de ocurrir esa separación, vendría inmediatamente después, afectando a otras partes de España. También, lo ha estado en sortear o minimizar los riesgos del tobogán de las subidas y bajadas de la economía mundial. Y su clase política ha vivido pendiente de cómo ajustarse a lo que, sobre los temas económicos fundamentales, le iban diciendo los que podemos llamar coloquialmente "sus mayores": es decir, los líderes de los países protagonistas en Europa y de los organismos internacionales. Dejándose llevar. Y haciendo "como si": como que dirigía, conducía al país ¿Hacia...? Hacia una sociedad relativamente satisfecha y semitolerante y con posibles – y, según los optimistas, dispuesta a ocupar los más altos lugares en los *rankings* internacionales de los sistemas sanitario y educativo (al menos hasta lograr tener "la generación mejor educada de su historia"), por no hablar del turismo de sol y playa, y servicios diversos. Todo ello, mientras se descalificaba la visión opuesta como impregnada de pesimismo.

Con todo, no cabe negar que el argumento de estos optimistas tiene un núcleo muy razonable, y que en estas últimas décadas ha habido muchas buenas noticias. Por lo pronto, menos violencia física y delitos varios, más alimentación y prolongación de la vida – hoy con una esperanza de vida considerablemente mayor a la de hace medio siglo (habiendo pasado la media

[3]Una discusión *in extenso* de esta mutación puede verse en Pérez-Díaz (1993).

de España, desde 1965-1970 hasta hoy, de los 71,4 a los 83 años). Noticias de conservación de la especie – aunque no tanto de su propagación, puesto que ha ido descendiendo, y mucho, la tasa de natalidad. Incontables muestras ha habido, asimismo, del aguante y la flexibilidad y la ingeniosidad de familias y pueblos y asociaciones para estar juntos y salir adelante; sensaciones de libertad; ejemplos de la vivacidad de los sentimientos básicos. Probablemente, mayor capacidad intelectual en cuestiones como procesar información relevante para producir objetos, hacer transacciones varias, tener acceso a servicios sociales y económicos, usar los medios de transporte – muchas y variadas experiencias cotidianas básicas.

Un breve* excursus *sobre el trasfondo cultural de la crisis, y la cultura de la magnanimidad

La fragilidad de la sociedad puede reflejar la complejidad de su trayectoria, pero también refleja su indecisión cultural. Conviene recordar que la valoración última sobre el sentido del proceso en curso depende del criterio que apliquemos. Nuestro juicio sobre la deriva (relativa) de España puede ser más o menos crítico según cuál sea nuestro criterio valorativo sobre lo que se pueda considerar el bien común, y también nuestro nivel de exigencia moral. A este respecto, el problema no es tanto la diversidad de las opiniones cuanto la confusión de la conversación sobre la cuestión. Los puntos de vista son muy diversos, pero esta diversidad puede ser tanto un obstáculo porque propicie un duelo que nos ofusque, como ocasión para una conversación que nos ilumine y nos reúna. Porque aunque los puntos de vista sean muy distintos y aun notoriamente opuestos, la experiencia combinada con la conversación puede acercarlos, a veces de manera sorprendente.

Sin entrar en el fondo del tema, espero que el lector me permita una breve anotación, en una clave más bien optimista. En los últimos veinticinco a treinta siglos, encontramos en nuestra cultura occidental una infinidad de debates, pero también de acercamientos extraños y profundos; que nos sugieren varios modos de entablar esa conversación – y que desbordan el esquema convencional, hoy habitual, de "a favor o en contra de la Ilustración". En realidad nos conviene ampliar la perspectiva temporal y espacial. Remontarnos a otros tiempos, y otros paisajes, no tan lejanos.

Puestos a imaginar perspectivas opuestas extremas, pensemos, por ejemplo, en las visiones de la sociedad europea que se pueden inspirar en un Nietzsche y un Francisco de Asís. En cierto modo, ambos comparten una cultura de las grandes hazañas. Voluntad de poder (a ejercer sobre el próximo) versus humilde amor (y cuidado o servicio) al prójimo. Aparentemente nada más contradictorio, especialmente si nos atenemos a la versión del propio Nietzsche en su *Ecce Homo* (Nietzsche, 1979 [1888]) o en su *Anticristo* (Nietzsche, 1968 [1888]). Y sin embargo, la contraposición tiene su contrapunto. Desde una perspectiva dinámica, histórica, el contraste se puede subsumir en un debate en el que afloren afinidades entre los opuestos – afinidades, en este caso, en torno a un cierto nivel de exigencia.

Nietzsche, el ateo militante de fines del XIX y comienzos del XX, y Francisco, el santo del siglo XIII, tienen perfiles muy opuestos pero también algunos rasgos comunes. Por ejemplo, el de un elogio explícito, o implícito, de la virtud de la magnanimidad: en un caso, ligada a un sentimiento prometeico, de voluntad de poder ligado a un objetivo ostensible "más que humano" (que podría ser, en realidad, "simplemente humano") – y en el otro, a un sentimiento profundo, humilde y amoroso, de voluntad de santidad, i.e. una forma distinta de valorar la experiencia vital, el éxito, la excelencia. Y recordemos algunos de los pequeños detalles simbólicos que les acercan. El del impulso vital de los creadores: el de Nietzsche como "poeta ascensional", en los términos de Bachelard (1943), y el de Francisco, conversando con su hermano Sol – ambos viviendo a la contra de una cultura del resentimiento. Y el simbolismo del cuidado de las

criaturas –con el recuerdo de cómo el uno se apasiona hasta volverse loco en Turín abrazándose a un caballo apaleado, y el otro se pasea por Gubbio en la compañía de un lobo apacible.

Cierto que, tal como se les suele dibujar en sus leyendas respectivas, sus actitudes básicas son radicalmente opuestas. Pero cabe imaginar varias posibilidades. La del enfrentamiento, por supuesto, pero también la de la afinidad que acabo de mencionar (los "pequeños detalles" del caballo y el lobo...), y la de una suerte de transición entre un referente y otro. Al fin y al cabo, fue precisamente un sentimiento moral de magnanimidad el que permitió a Ignacio de Loyola pasar, de requerir la lectura de libros de caballerías, a disponerse a leer las vidas de santos. La cual le encaminó en una dirección distinta, pero no radicalmente ajena, a la del heroísmo caballeresco. Que venía a ser la dirección que eligió Don Quijote, nuestro "héroe nacional" – dirección elegida por él, pero no "por loco" sino "por héroe", dispuesto a proteger a los débiles, liberar forzados y adolescentes atados a los árboles, viudas y huérfanos.

Para discutir los niveles (y criterios) de exigencia aplicados a la escena pública, podemos jugar con varios escenarios, más o menos plausibles habida cuenta las condiciones históricas. El criterio que propongo aquí (e invito al lector que haga su propuesta y su apuesta) es el (digamos que más bien franciscano, en lo posible) de una sociedad anclada en los principios de la libertad personal y del cuidado por la comunidad humana. Es asimismo un criterio por el que no se desdeña el saber en forma de *techné*, pero interesa más en forma de sabiduría moral, que aspira a la identificación y la realización de aquellos antiguos (antiquísimos) "trascendentales" de la verdad, la belleza y el bien, incluido el bien común correspondiente – es decir, el bien de una sociedad que promueve un debate entre gentes que, siendo diferentes e incluso cultivando sus diferencias, están atentas a ese bien común.

En nuestro contexto histórico cultural la discusión en torno al bien común puede plantearse de varias formas, incluida la de la tensión entre el *Ecce Homo* cristiano y el *ecce homo* nietzscheano, y la exploración de formas intermedias como hicieron los moralistas del Barroco y de la Ilustración. Por otra parte, en marcos histórico-culturales muy distintos, podemos encontrar tensiones análogas (aunque por supuesto no idénticas). Por ejemplo, en una sociedad que incorpora una perspectiva confuciana, la tensión puede adoptar la forma de una distinción entre dos modalidades de la "opinión pública": una opinión *minyi* atenta, sobre todo, a reflejar y defender el interés (y la identidad) de determinados grupos, prevaleciendo los unos sobre los otros versus una opinión *minxin* entendida como una opinión pública "ilustrada" orientada a reflejar los intereses del conjunto en tanto que "todos bajo el cielo" (Zhang, 2017).

3. La pandemia, clave de la crisis y signo de los tiempos

Si adoptamos un punto de vista geopolítico, estamos ante un desorden generalizado, o, si se prefiere, en medio del tránsito hacia un nuevo *modus vivendi* entre un orden y un desorden mundial (Kissinger, 2014; Nye, 2015). Con un complejo declive de los Estados Unidos, la gran potencia por antonomasia; declive que viene de lejos si tenemos en cuenta el fiasco de Vietnam (en los sesenta y setenta del siglo pasado; por no hablar de Corea, en los cincuenta), y continúa en las últimas décadas con una variedad de líderes, Trump siendo el más reciente, ¿y tal vez no cambie tanto con Biden? Todo ello contra el telón de fondo de una larga atapa de país desnortado, y habiendo cedido el *establishment* americano buena parte del centro del escenario a un "resto del mundo" formado por unos pocos actores ansiosos por representar un papel principal; y otros muchos alrededor y atentos a sus "quince minutos de gloria" en las fotos ampliadas de las cumbres con los líderes mundiales, humildemente repartidos éstos y rodeados de sus casi-iguales, los veinte o treinta líderes regionales de turno.

Una Europa indecisa, una España incierta, un mundo en transición no sabe adónde ... y ahora una plaga, la del coronavirus, masiva y repentina: una suerte de reto existencial que afecta a la cultura, y a la salud, la economía, la política, la sociedad.

Un reto sanitario

Se dice que los organismos internacionales suelen estar muy pendientes de temas como el tabaquismo, la obesidad y el calentamiento global: temas tratados con la debida consideración a los grupos más influyentes en la opinión pública, y a los agentes económicos implicados en la materia – pero que, en el caso de la pandemia, se lo han tomado con calma. Ya desde 2015 podían haber escuchado voces de alerta, pero sólo a fines del 2019, y en enero de 2020, avisaron, aún con mesura (tono que sólo se alteró a comienzos de marzo), a los gobiernos. Se supone que, a pesar de ello, todo quedó en que los expertos discutían entre sí en voz baja mientras los sistemas sanitarios iban en piloto automático, con los dirigentes políticos detrás de los acontecimientos, atentos a otra cosa (ganar elecciones, perder elecciones, culpar a los adversarios). Y con creciente inquietud pero escasa atención inteligente al tema por parte de la sociedad.

Centrándonos en el caso de España, ésta se encuentra, a escala mundial, entre los países con más muertes en relación con su población.[4] La pandemia ha puesto a prueba un sistema sanitario que, visto desde la perspectiva de cómo ha funcionado a lo largo de 2020, intenta responder a ella sin que sanitarios, ciudadanos y políticos sepan muy bien cómo. Porque, por lo pronto, no entienden cuál es la enfermedad (misterio), ni saben cómo ha comenzado (rumores), ni si culpar por ello a una naturaleza ciega o, más perturbador, a una malicia o un error humanos (inquietudes) – y es tal su desconfianza de la información habitual, que medio se resignan a que quizá no lo sabrán nunca. Y sobre todo sospechan de su posible repetición en cualquier momento.

Viniendo a las cuestiones básicas: durante todo este tiempo el sistema sanitario ha estado, y sigue estando, sólo a medias coordinado. De entrada, faltaron mascarillas, medios de protección para los sanitarios, camas de hospital, estadísticas fiables, manejo de los confinamientos, rastreos de los contagios. Y ha ido quedando claro un no saber cómo coordinar el sistema público (incluyendo gobiernos nacionales, regionales y locales), menos aún el sistema público con el privado – cómo manejar la relación con los hospitales privados, las residencias de mayores, las farmacias, los centros de salud, los hoteles (que quizá hubieran podido funcionar como las llamadas “arcas de Noé”, albergando contagiados en cuarentena).

En España, la pandemia ha puesto y pone en cuestión a los políticos y los funcionarios, que no han sabido prever ni gestionar. Pero tampoco ni ellos ni los medios de comunicación han sabido informar, y se han solido limitar a proclamar tendencias medio ininteligibles, y golpear con datos aislados e “impactantes” la imaginación del público. Aparte de sumirse al coro lamentando que nadie previera que algo como esta pandemia pudiera pasar: ni el qué, ni el por qué, ni el cómo.

Da la impresión de que los líderes políticos (y socioculturales) han pretendido, y pretenden, prever el futuro sin conocer el presente ni cómo hemos llegado a él. Lo cierto es que las cifras de casos-contagiados-positivos se refieren a veces al día anterior, a veces a la semana anterior o al mes anterior, mezclándose datos de municipios pequeños o grandes, regiones, sin orden ni

[4]Los datos (muertes, contagios) de los países no son homogéneos, y cambian de continuo; pero una referencia útil para su seguimiento es *Our World in Data. Coronavirus Pandemic* (COVID-19) (https://ourworldindata.org/coronavirus).

concierto (Ioannidis, 2020). Al tiempo, se tergiversan las noticias. Las malas noticias serán buenas, según como se miren: tantos más infectados, "qué desastre"... pero si el denominador (el número de casos) es mayor la letalidad puede ser comparativamente menor; con lo que la percepción y la valoración del dato se vuelven confusas. En cuanto al futuro, todo depende de la evolución de una curva que, tal como se la describe, resulta bastante enigmática, mezclando datos, a la expectativa de "alcanzar el pico" y el "cambio de tendencia".

Al tiempo, se ensayan distintas retóricas para manejar al público, pero casi siempre a costa de dividirlo. Muchos políticos llaman a la unidad, pero lo hacen con palabras que procuran descalificar, y ofender, a aquellos a quienes (se supone que) se les tiende la mano. No pierden la ocasión de atacar al contrario: cosa comprensible dado que el hábito de su tardanza suele venir acompañado de la ceguera respecto a los errores y los descuidos propios, y la aplicación de una lente de aumento a los ajenos.

Retos económicos y sociales

El reto sanitario se da en el contexto de una crisis política, pero también económica y social de dimensiones cada vez más preocupantes. La pandemia ha traído consigo dificultades extraordinarias para la economía de países como España, con una notable reducción de su ritmo de crecimiento y una disminución drástica de su actividad. Baste recordar, a título de ejemplo, que se prevé una reducción del PIB español de un 6,5% entre 2019 y 2021 (un 6% el de Italia; un 4,4% el de Francia; un 4,2% el de Portugal;[5] y que para enero de 2021 se estima un paro juvenil (población de 15 a 24 años) del 39,9% en España, en contraste con un 14,0% como media en el conjunto de la OCDE (y un 29,7% en Italia).[6]

La sociedad tomada en su conjunto se ve conminada a confinarse y reducir sus actividades de todo orden. Esto supone una alteración sustancial de las expectativas, no sólo respecto a los niveles de vida, sino también a las formas de vida. En su límite, ello podría conducir a reducir encuentros e intercambios, y al desarrollo de una sociedad atomizada, dispersa. Materia de sumisión y manipulación por unos y por otros. Sus movimientos y sus contactos, controlados. Subordinada, pasiva, impotente. Propicia a desconfiar de todos, y de sí misma.

Las tensiones pueden tender a crecer entre segmentos sociales diversos. Respecto a las clases sociales, la contracción y la disrupción de la economía provocadas por el coronavirus pueden afectar a todos pero en especial a los más vulnerables; los cuales ya han visto sus proyectos de movilidad social ascendente gravemente en cuestión durante la última década y media. Con el consiguiente riesgo de incremento de la desigualdad y la precariedad.

El cuidado y el descuido de los mayores

En relación con las generaciones, si el riesgo para los jóvenes es muy grande, para los mayores es aún más importante. Y de nuevo, nos encontramos aquí con una muestra de la (contra)cultura de la tergiversación. En general, las exhortaciones al cuidado de todos junto con las apelaciones a la perseverancia y a la confianza en el futuro son, sin duda, muy encomiables. Pero mientras tanto, como por debajo de la mesa, se puede ir acostumbrando al público al ronroneo de que quizá haya que tomar decisiones "muy duras", y dejar morir a "algunos-muchos" para salvar la

[5]Fondo Monetario Internacional, *World Economic Outlook*, octubre de 2020.

[6]OECD, "Unemployment rate by age group". https://doi.org/10.1787/997c8750-en. Consultado el 30 de marzo de 2021.

economía. Lo cual por una parte tiene "su punto": a la larga no puede haber siquiera un sistema sanitario sin recursos económicos. Pero se corre el riesgo de poner en el ojo del huracán a los muy mayores. Que en el caso de España son, justamente, los supervivientes de la guerra civil que luego construyeron la España democrática. Mayores frágiles; incluso, ahora se constata, más que cuidados, descuidados.

Por lo pronto, con un segmento sustancial de los mismos en residencias. (En 2019, había unas 373.000 plazas en residencias, cifra que hay que poner en el contexto de una población de 2.880.000 con 80 años o más; Abellán García, Aceituno y Fariñas, 2019.) Pero en circunstancias tales, que parecería como si, sin querer, se hubieran ido avanzando las piezas en un juego enrevesado de "cuidado y descuido" por parte de las generaciones anteriores. De haberles dado pensiones, que cuesta cada vez más pagar, pero al tiempo de haberles entre recogido y confinado en residencias sin apenas servicios médicos. Ahora, y una vez en sus residencias (o un día quizá en sus hospitales o sus hoteles hospitalizados) se comprueba cómo estos mayores van decayendo. Aparentemente inútiles. Inútiles, pues, al parecer, su experiencia "ya no sirve de nada", habida cuenta una economía que requiere aprender todo de nuevo cada día, y parece prescindir de la experiencia. Inútiles, porque seguirían ocupando puestos que otros, menos mayores, "deberían" ocupar.

En cierto modo, hablando en general, la política contemporánea parece que no está hecha para los mayores, sino "para el futuro": para gentes supuestamente ambiciosas, con proyectos, dispuestos a reinventarse, a triunfar. O a vivir en un eterno "en precario", entretenidos con la publicidad económica y política y cultural de turno. Y ya vendrá, luego, la letra pequeña de la eutanasia, la incineración, el cementerio sin tumbas, la iglesia sin oficios, las despedidas abreviadas, las urnas en los armarios, y las cenizas esparcidas por mares y montañas. Y unas palabras – si quienes las pronuncian han aprendido a hablar en público (lo que por el momento no parece que se suela aprender en muchas escuelas).

De hecho, la retórica que se va introduciendo, y explorando, es la de salvar la economía aceptando el deslizamiento de los mayores hacia... la nada. Lo cual puede implicar un silencio elocuente, con el que se va propiciando la muerte de unas decenas de miles (a nivel mundial, tal vez millones) de ellos.

Al tiempo, es posible que el mismo carácter límite de la situación provoque cierto aprendizaje moral por el que los adultos redescubran a sus padres – e incluso lo hagan los jóvenes, evitando el culto de la fiesta y el ritual del botellón de turno planteados como un himno a la vida y una afirmación de sí mismos. La Bastilla desapareció hace más de dos siglos, y las calles de París han perdido aquellos adoquines con los que se realizaron tantas hazañas hace medio siglo. Pero siempre quedará la indignación y la protesta y los telediarios. Y tampoco es preciso empeñarse en el eterno retorno de un simulacro de las pequeñas hazañas – de modo que siempre cabe esperar que quizá un día los jóvenes descubran un porvenir de cuidado de sus mayores como una hazaña mayor. (Tal vez, un rasgo propio de una cultura de la magnanimidad...)

Puestos a justificar el descuido de los mayores, se ha acudido a un rebuscamiento en el razonamiento acudiendo a la distinción entre pensar en términos de "vidas humanas" y de "años de vida". Como es lógico desde el punto de vista de quienes consideran los seres humanos como fragmentados entre diferentes experiencias, dimensiones y franjas de vida, se supone que convendría hacerlo en términos de años de vida. Los más jóvenes tendrían lógicamente más años de vida por delante – y los mayores, menos, por lo que debería pensarse dos veces antes de invertir en ellos los recursos públicos. Se podría calcular (estaríamos hablando de un "cálculo objetivo") que el valor de un ser humano de edad provecta vendría a ser (digamos, para parecer exactos) un 67% (un punto arriba o abajo) del de una persona más joven (Porter y Tankersley,

2020). De modo que, si los medios de los que se dispone no dan de sí para cuidarles a todos, se supone que quizá convenga cuidar de preferencia a los que valen más (generarán más recursos al sistema) porque tienen más años de vida por delante; y cuidar menos a quienes con menos años por delante valen "objetivamente" menos. Parecería casi "de justicia". Al final, habría menos pensionistas, lo que ahorraría gasto público.

Sobre el espacio público: riesgos y oportunidades

La pandemia afecta muy negativamente a la vida económica, y los efectos del confinamiento, por ejemplo, son visibles en una reducción sustancial de la actividad económica, y en que dejan a las personas corrientes, productores o consumidores, empresas y gobiernos, con muchos menos recursos. Quedando todos a la búsqueda de soluciones provistas por una especie de política económica experimental, y recordando lo que se haya podido aprender de la crisis de 2008-2012, de la crisis de los 1970s, de la de 1929 – crisis de las que nunca se acabó de aprender tanto como para evitar la crisis siguiente.

El debate seguirá abierto, proclive a los grandes duelos entre "más mercado" y "más estado". Estos duelos sueles ser vistos favorablemente por los políticos, quienes tienden a insistir en la necesidad de "estar unidos" y "confiar en el liderazgo" – extrañas exhortaciones por parte de quienes predican, incansables, la división y la desconfianza respecto a "la otra mitad" del país.

Pero no es fácil confiar en un liderazgo que, además de divisivo, no parece demasiado competente. Que promete, quizá, traer recursos (vacunas, por ejemplo), que se suelen retrasar. Pretende marcar un rumbo, que, en realidad, viene a ser un experimentar bastante confuso. Un gobernar zigzagueante, reducido a oscilar entre medidas llamadas duras y otras llamadas realistas, usando de un lenguaje brumoso, y a la expectativa de ver si lo que al final ocurre permite auto-alabarse o echarle la culpa a otros. Lo cual refleja más una actitud oportunista que la propia del *character of a trimmer*, de quien maneja el timón del barco, flexible pero con un rumbo y un destino en mente (la propuesta de Halifax recogida por Oakeshott, 1996: 122 y ss.).

Con todo, es evidente que la discusión en el espacio público puede tener un efecto crucial en el manejo de la pandemia. Los términos y los argumentos usados en discursos y consignas requieren traducción y concreción, y ayudan a situar los problemas en alguna forma de contexto – por ejemplo, confinamiento o no, y en qué grado, para que casi todo el mundo vuelva al trabajo, para destinar más o menos dinero a unos sectores u otros, etcétera.

El debate, por lo pronto, puede poner de manifiesto que se plantea en el espacio público ante un público acostumbrado a una articulación sólo a medias de su propio pensamiento, poco dado a escuchar, a veces semiconsciente, ahora asustado, hasta ahora desatento. Una ciudadanía, una sociedad civil que, al parecer, confía sólo a medias en su liderazgo político (o deberíamos decir, más bien, su liderazgo público-privado). A medias, o aún menos – en cuyo caso es como si votara, en cierta medida, participando en un proceso mágico. Como si los votantes votaran poco más que observando el vuelo de los pájaros, escrutando las entrañas de los animales, interpretando la marcha de los astros, sin saber muy bien el por qué y el para qué.

Sólo queda un detalle: que al final las gentes no confían en esos liderazgos, porque saben que no saben gran cosa. Aunque, por otro lado, conviene recordar que las gentes saben también otras cosas: que sí, que pueden ignorar, llorar e indignarse, pero también pueden reunir el coraje cívico preciso para dar unos primeros pasos por la senda del debate, la decisión y la actuación cívica.

De modo que, al final, parece que se impone dar un paso para aprender algo. Por lo pronto, redescubrir la relevancia del consejo de Confucio sobre la "rectificación de los nombres", el llamar a las cosas por su nombre – para reflejar mejor la realidad de las cosas, de las experiencias. Si el lenguaje no nos sirve porque damos a las palabras significados múltiples, cambiantes y confusos, nos quedamos sin comunicación entre nosotros, y sin comunicación, tampoco puede haber comunidad. Ni orden social alguno. Aludimos meramente a valores, que no sabemos si compartimos. Nos encontramos con una cultura vacía, cuyo contenido cada uno pretende definir a instancias de su voluntad del momento. Creíamos tener un cierto orden, y nos despertamos con una sociedad contradictoria; tener una moral compartida, y nos encontramos con una moral desarticulada.

Es lógico que, en esta situación, la vida política se quede en glosar una narrativa de personajes en busca de un autor, que escriba la obra que ellos puedan representar – y, a falta de ello, la gente se haga a una vida en estado de perplejidad. A la espera de noticias. Todos confinados en sus casas, esperando... La casa-jaula de las cuatro paredes, y la pantalla de televisión. Justo en un momento en que se precisa el cuidado de otros... sin otros. Justo cuando hace falta *keep calm and carry on*, pero sabiendo de qué se trata – no se sabe de qué se trata. Se sale a la ventana, y se hace un gesto. (O se lanza un grito como el de "¡Estoy más que harto y no puedo seguir soportándolo!" de Peter Finch en la película *Network* de Sidney Lumet de 1976.) O se cierra la ventana y se espera. Y quedan alternativas interesantes, encuentros a través de los móviles, tiempos de silencio, haceres de la casa, nuevos *hobbies*, convivencia – que podrían llegar a ser incluso "palabras mayores".

El horizonte es, pues, incierto, al límite. El virus puede atacar a través de personas asintomáticas. También puede volver, en una segunda ola, tercera ola... De hecho ya ha mutado, y puede volver a mutar. Todo éxito en la lucha parece literalmente tenue. A veces, parecemos abocados a un mundo casi en estado de semi-cierre indefinido; de alternancias imprevisibles entre confinamiento y libertad de movimiento; de rumores y medias verdades sin cuento.

Parecería incluso prudente, en estas circunstancias, ponerse no ya una mascarilla ocasional sino una máscara, y vivir con la máscara: poniendo al virus una suerte de obstáculo permanente y espeso. Desafiando el misterio que nos viene de fuera, a la espera de encuentros por descifrar, con nuestra propia presencia enmascarada como un misterio más.

Lo cual tendría, por otra parte, su lado interesante. Tendríamos que volver a aprender a comunicar, y, a falta de "innovar e innovar", podríamos intentar volver sobre algunas de las antiguas prácticas. Y podríamos descubrir, como contraste, que las prácticas recientes son decepcionantes. En otras palabras: que si estuviéramos de astronautas en torno a la Luna tendríamos más familiaridad con nuestros semejantes que la que tenemos tal como estamos ahora. Girando y girando. Sí, en un torbellino. O en un remolino, como el de un mar huracanado, cada vez más abrumador... y sin saber lo que pueda durar.

Un contrapunto, en clave "optimista y pragmática"

La descripción anterior deberá ser modulada a la vista de los acontecimientos que se irán desarrollando en los meses, los años próximos; pero, en todo caso, requiere, desde ahora, un contrapunto de cautela e impulso, de (de nuevo) "pragmatismo y optimismo" (lo que David Brooks [2020] caracteriza como "lo mejor del liberalismo americano"). Que tiene en cuenta un escenario impulsado, a la vez, por líderes políticos ansiosos por tranquilizar a la sociedad y justificarse, y por espíritus escépticos y realistas que desconfían de las generalizaciones dramáticas, y se atreven a mirar de frente los datos más inquietantes, y, entre ellos, los relativos a los fallos de gestión y los excesos retóricos de las elites de turno (con la sensación semi-dulce

semi-amarga de que casi siempre ha sido así), y todo ello en el contexto de un proceso continuo, o al menos recurrente, de corrección de errores.

Si adoptamos esa perspectiva, digamos, de "optimistas pragmáticos", cabe señalar, primero, que es normal esperar una evolución un tanto errática de la pandemia (al fin y al cabo la anterior fue de hace cien años, y la anterior a ésta, a la que todos se remiten, la peste negra, tuvo lugar hace casi setecientos años). Segundo, que si no hubiera mascarillas, ni tests, ni protección de los equipos sanitarios hoy, también es lo normal imaginar que, con el tiempo, los iría habiendo – alternando momentos de pánico, de preocupación, de tranquilidad al respecto. Tercero, que hay fallos que han sido "de (casi) siempre" – y que "(casi) de siempre", por ejemplo, se han tenido en cuenta las diferentes esperanzas de vida de unas cohortes y otras de enfermos, potenciales o actuales, a la hora de decidir el gasto sanitario. Cuarto, que, en todo caso, los datos de cada país hay que ponerlos en el contexto de lo que ocurre en todos los demás, que han solido y suelen ser, todos, bastante preocupantes, y si en algunos países lo son más, lo lógico es contar con que irán aprendiendo de lo que sucede en otros. Y quinto, que, con el tiempo, también es de esperar que se irá desarrollando la inmunidad de las gentes y se irán descubriendo y repartiendo las vacunas – que es justo lo que parece estar sucediendo a finales del 2020, y continuará a lo largo del año en curso.

En cuanto a la economía, desde esa perspectiva, cabe confiar en que la situación se irá arreglando, gracias a una combinación de lo que podemos llamar la sabiduría de los mercados, la de los expertos y los funcionarios, la de las elites educadas, y la de las multitudes. Pensemos, por ejemplo, en la combinación de la sabiduría de los políticos y los ciudadanos. Aunque la tendencia de los políticos sea a luchar entre ellos por el poder, puede llegar un momento en el que reparen en lo que piensan sus electores. Por ejemplo, que se den cuenta de que, si bien el 96% del publico quiere pactos nacionales para combatir la pandemia, sólo el 29% considera probable ese pacto (encuesta de Metroscopia publicada el 8 de abril de 2020; Círculo Cívico de Opinión, 2020). Es decir, cabe tener alguna confianza en que, antes o después, los políticos recuerden su necesidad de satisfacer la demanda social, si quieren ser elegidos o reelegidos: un recuerdo que hace que los políticos cumplan con alguna frecuencia sus promesas electorales. Fragmentos más o menos sólidos de sabiduría cívica pueden ser el resultado del desarrollo de la comunicación gracias a los medios de comunicación y los medios sociales, los avances de la ciencia. (Y sin olvidar la "sabiduría de la naturaleza": el tránsito de una estación a otra, siendo las más cálidas menos favorables para la difusión de la pandemia.)

Sin duda, todo ello es muy a tener en cuenta. Además, conviene prevenirse contra los excesos dramáticos en cuanto que parece saludable mantener un estado de ánimo positivo y esperanzado. Tanto más cuanto que el futuro es, evidentemente, imprevisible, y una suerte de sabiduría secular nos recuerda que, como dicen los sufíes, "lo que haya de pasar, pasará". Pasará, porque ocurrirá; y pasará, en el sentido de que dejará paso a otra cosa.

Y sin embargo, precisamente ese carácter imprevisible del futuro, junto con la intensidad de las percepciones y las sensaciones sobresaltadas del presente, sumadas al desorden a medias de la experiencia europea y española en general, y todo ello como aguijoneado por una multitud de preguntas sin contestar revoloteando alrededor, requieren mantener lo fundamental de aquella sensación de caos. El error mayor en estas circunstancias sería desdramatizar nuestro predicamento. En definitiva, primero, el daño que una deriva de la situación a peor puede generar es enorme; segundo, la probabilidad de que tal cosa ocurra es suficientemente alta; y tercero, por tanto, el riesgo resultante de multiplicar el daño por la probabilidad aconseja volver a la imagen del torbellino.

4. El descenso, el salto y el ascenso del *Maelström*

La escena del Maelström

En resumen, los ciudadanos pueden, y quizá suelen, percibirse como viviendo en una mezcla de orden y desorden, según el cual el capitalismo trae consigo, por un lado, crecimiento, trabajo, un sistema de bienestar, libertad de movimientos, pero, por otro, crisis recurrentes, riesgo de pobreza, desigualdad, precariedad, subordinación, explotación. Según el cual, la democracia, el menos malo de todos los regímenes posibles (Churchill *dixit*), tiene su contrapunto en la partitocracia, la desconfianza respecto a las elites políticas, un espacio público distorsionado. Según el cual, las sociedades parecen más trabadas; pero se fragmentan, se atomizan, y se obsesionan con sus diferencias. Según el cual, la cultura parece más capaz de promover y difundir ciencia (natural), tecnología, información; y sin embargo el relato de la experiencia compartida se nos escapa, la memoria histórica es un campo de batalla, y los intentos de una conversación cívica tienen lugar en un espacio de profundos desencuentros, como en una Torre de Babel.

Contra este telón de fondo dramático de carácter general, se pueden destacar los casos particulares. Como el de España, por ejemplo, sometida hoy a las tensiones de una pandemia atroz, un horizonte económico muy difícil, el probable aumento de las tensiones sociales consiguientes, así como operaciones políticas de ruptura de la unidad territorial y del marco constitucional. Y, al tiempo, con una clase política empeñada en hacer de la política un duelo y un juego de reproches mutuos. Todo ello basado en un conjunto de disposiciones y orientaciones morales y cognitivas reproducido una y otra vez por un sistema educativo sumamente endeble – como lo demuestra la torpeza de un debate público que pone de relieve, tanto la mediocridad de la clase política, como la timidez y la acidia de la sociedad civil.

¿Qué "se" puede hacer o, más bien, qué "podemos hacer nosotros" ante esta situación? Podríamos responder como Cervantes/Don Quijote – al fin y al cabo, nuestro símbolo universal por antonomasia. Recordemos lo que nos dice nuestro héroe cuando se pone de camino. ¿Dónde va, qué quiere hacer, en qué va pensando? Pues bien: va pensando "en los agravios que pensaba deshacer, entuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer" (primera parte, capítulo segundo) – lo que, en palabras más prosaicas (genéricas y abstractas) viene a ser: "poner un poco de orden en un mundo caótico".

Y es así como el protagonista se adentra por la ancha Castilla, por la Mancha, dejándose llevar de su caballo. La ancha tierra, como la ancha mar: abierta a, y juguete de, todos los vientos. Lo que, ya puestos en la senda de las imágenes literarias, y trasladándonos en tiempo y en espacio, hasta la Nueva Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX, puede conducirnos a una alegoría, que nos permite esbozar un argumento *ad hoc*, dibujando una secuencia, y sacando alguna conclusión.

La imagen vendría a ser la de encontrarnos en medio de un remolino, y nuestro héroe, o nosotros, en la tesitura de decidir qué hacer en él. Un remolino en el océano. Qué hacer con la doble posibilidad de hundirse o de elevarse, desaparecer o salvarse. La alegoría se contiene en la narración de un escritor y poeta, crítico y periodista, norteamericano, nacido en Boston, Massachusetts, hace ahora dos siglos: Edgar Allan Poe. Una narración la suya, estimulante y esclarecedora para encarar nuestro predicamento, como lo es la de *El descenso del Maelström* (1978 [1841]). Dramática pero no fatalista; esperanzada pero arriesgada.

La recuerdo, en términos muy breves. El escritor se asoma al borde de un acantilado y vislumbra a lo lejos, en mar abierto, una sombra que parece dibujar un círculo, una estela de espuma a su

alrededor, y un bramido sordo y lejano. Se le acerca un hombre mayor, el pelo blanco, el aire exhausto, y le dice que estuvo allí.

Se explica. Su barco se extravió, perdido el rumbo giró en varias direcciones, se sometió a corrientes contradictorias. Al final se descubre al borde de un inmenso remolino, empieza a recorrer sus bordes, y se hunde mientras da vueltas y vueltas. Él se agarra a las cuerdas, a las velas. Se ve rodeado de innumerables bultos que giran, trozos de arboladuras de barcos, palos. Gentes desesperadas. Ve su hermano, en trance también de sumergirse. El ruido es ensordecedor, el ritmo aumenta, la oscuridad se hace más espesa.

En medio de todo esto sólo le queda... la curiosidad. Una suerte de pasión por conocer, por entender, en lo que se pueda, lo que ocurre. Mira con atención. Y al cabo de mucho tiempo se da cuenta de que, si bien muchos objetos se hunden en el agujero final que parece aguardarles, no lo hacen todos. De hecho, hay objetos que giran y giran, y no se hunden, no les absorbe el fondo del abismo. Algunos parece incluso que se van elevando. Se fija en los detalles de cómo son. Son... como barriles. Son cilindros; tal vez, especula, su forma reduce o desvía la presión de las corrientes marinas.

No puede estar seguro de la explicación de lo que ve, y tal vez, piensa, no tenga los recursos para explicarlo. Pero lo cierto es que la observación le dice que, a la postre, los barriles se resisten a irse al fondo. Y remontan. Es un hecho.

De modo que, sin pensarlo mucho más, basándose en esa percepción confusa (al menos, inexplicable), un instinto de supervivencia, una intuición tentativa, una apuesta, y ante lo que parece un final inminente, apela a su hermano, al que ve en situación similar, para que intente salvarse. Sin que éste responda. Y en el último momento, agotado el tiempo, decide él saltar... y salta – a uno de los barriles. Y con él, comienza a dar vueltas y vueltas; pero va emergiendo... Y acaba en la superficie del mar, y en la playa. Y ahora está aquí, en el acantilado, contando su historia, con los cabellos que se le han vuelto blancos, fascinado por su recuerdo, habiendo vivido algo casi imposible de compartir – salvo que nos lo cuenta: al poeta. Y éste, a nosotros...

Tres movimientos: una curiosidad, un salto, y un yendo adónde y evitando qué

¿Qué podemos hacer nosotros? Podemos usar esta historia para nuestro propósito. Estamos en medio de un *Maelström sui generis*, un caos sanitario y político y económico, y sociocultural – y se trata de escapar del abismo. Se trata de mirar con atención, de avizorar "un barril", de "hacerse una teoría" o ni siquiera hacérsela..., pero hacer algo, sobre la base de una intuición plausible. En otras palabras: se trata de dos cosas, de observar-y-razonar y de decidirse. La curiosidad nos lleva a observar y razonar – digamos (pensando en el manejo de la pandemia, por ejemplo) tanto el recurso a la ciencia como el cultivo del sentido común y un espacio público razonable. Pero no se trata sólo de razonar: se trata también, y en cierto modo, sobre todo, de lanzarse a "un barril", asirlo, agarrarse a él con fuerza, aguantar.

Podemos interpretar el *Maelström* como una alegoría de cierta complejidad, que no se reduce a ser meramente el símbolo del caos (confusión, violencia), sino un relato que contiene varios elementos conectados. Se trata de comprender la secuencia completa del descenso y el ascenso, en su conjunto, y no sólo del descenso.[7] Y de tener en cuenta los objetos del entorno (el barco que se abandona, el barril al que se salta) y los tres movimientos del protagonista: de evaluar la

[7]El foco en la fase del descenso puede verse en la discusión sobre la política norteamericana en los años sesenta del siglo pasado, como abocando a una "política de la división" (Cohen, 2016).

situación, de saltar, y de agarrarse a qué y con qué rumbo. Ello implica interpretar, primero, lo que signifique saltar; segundo, lo que signifique el barril al que se salta; y tercero, lo que pueda ser el abismo del que se trata de escapar. Preguntas que implican una valoración, un riesgo, una posible comunidad de conversación y de acción – y un compromiso moral y emocional por evitar el caos, externo e interno, no cayendo en la tentación de la timidez o de la acidia.

Saltar es apostar, adoptando una actitud pascaliana o incluso, digamos, "napoleónica" (o, llevando la comparación más lejos, "leninista": Walicki, 1979) – en el sentido de hacer suyas, de alguna manera, las palabras de Napoleón cuando, preguntado por cuál fuera su gran estrategia, respondió: *"on s'engage et puis on voit...",* con los resultados que luego se verían, algunos desastrosos.

Pero el *motto* es equívoco. Porque lo que Napoleón no dice es que su *engagement* comienza con una curiosidad e incluye un pensamiento: tiene el sentido que proporcionen su motivo y su inteligencia de la situación. Puede ser el propio de un narcisista, un autista o el de un patriota razonable, el de un militar competente o el de un paciente en un sanatorio psiquiátrico (que se cree Napoleón). Un razonamiento análogo podría aplicarse al salto del *Maelström*, el salto al barril. Su sentido podría ser el que resulta de la combinación de un impulso reactivo, la huida del caos y de la muerte, y otro proactivo, la supervivencia y la aspiración a un orden y una paz – pero en todo caso es el compromiso con un curso de acción, una decisión existencial, una mezcla de especulación y sensaciones, recuerdos y proyectos que acompañan la secuencia del salto; o, si se quiere, pasando de una imagen a otra, de un primer paso a los siguientes que se van convirtiendo en una senda.

La imagen del barril

En todo caso, un salto a... ¿un barril? La imagen es a primera vista extraña. El barril es, por lo pronto, un espacio protegido y protector, para estar a salvo – protegido por la convexidad y la firmeza del trazado de sus varios fragmentos. Lo opuesto al amasijo de astillas en el que se va a convertir el barco a pique, del que se trata de huir. Se abandona la comunidad del barco que se hunde, y se salta a ¿lo que es o puede llegar a ser otra comunidad?

El barril puede ser el símbolo de un espacio compartido con otros, donde se desarrolla la experiencia de una comunidad con ... unos "otros" con quienes se hace suficiente causa común como para mantenerse juntos; con los que se juega. Por lo pronto, se les invita al juego en común de mantenerse a flote, como se hace con el hermano – que desoye la invitación.

Podríamos, también, considerar el barril como siendo objeto de una mutación, o una transfiguración. Como si no nos quedáramos simplemente por fuera de él y abrazados a él – porque tiene una puerta, si entramos por ella, nos encontramos... con una habitación. Un espacio donde se debate o se juega o se contempla o se decide algo. El barril podría sufrir incluso una nueva metamorfosis a la manera clásica, ovidiana, y transfigurarse... en una casa – a la manera de la casa volante de Judy Garland de la filmografía moderna (la película de Víctor Fleming de hace ya casi un siglo: 1939). A la que el torbellino lleva por los aires hasta tocar tierra, abrir la puerta y toparnos... con la senda de las baldosas amarillas que llevará a la protagonista, que nos llevará a todos a las puertas del castillo del Mago de Oz. Un viaje por el que, buscando ir más allá del Arco Iris, la heroína, y sus acompañantes, peregrinos, acabarán volviendo al hogar.

La imagen del barril en este caso, sin embargo, nos habla menos de volar y volver a casa que de salir a flote y sobrevivir. Aunque el protagonista hace algo más que sobrevivir: cuenta su historia a un desconocido, al narrador poeta, para que éste nos la transmita a nosotros, y nosotros... hagamos algo con ella. Un paso sigue al otro, y todos encajarían, como en un ballet.

En rigor, el barril-objeto como tal no responde, no se relaciona, como de sujeto a sujeto, con quien se aferra a él. Puede ser más bien una metáfora para un espacio donde tiene lugar un encuentro entre quien se ase al barril y... quienes le hacen un hueco en él, le ayudan a atarse las cuerdas, a aguantar el embate; y le abren la puerta, le sientan a la mesa y, siendo diferentes, y fieles a sus diferencias, se empeñan en un debate o una conversación entre ellos. Y la conversación se convierte en un juego... ¿un juego de ajedrez? Es como si el salto al barril giratorio nos diera la ocasión para encontrarnos con un espacio de conversación y una comunidad potencial ¿para hacer qué? – ¿para jugar una partida? ¿para hacer la paz? ¿para evitar un caos?

Quizá el espacio para una conversación, pero no la conversación "a la francesa" por mera diversión, orientada a un despliegue de ingenio, que Madame de Staël (1965 [1813]: tomo I, 101 y ss.) contrasta con la típica "alemana" entre *"esprits serieux"*, obsesos con llevar sus argumentos hasta las últimas conclusiones. Sino una conversación distinta a una y otra, abierta, que supone una serie de encuentros y desencuentros en un proceso de ir avanzando juntos, o sobreviviendo juntos.

El fondo del abismo a evitar sería el caos, el límite de la entropía. En este caso no tanto bajo la forma de un hacerse astillas, una fractura, la explosión en miles de fragmentos, cuanto bajo la forma de desconexión y desorden e inercia y nada. Es decir, de un estado del ser que es como no ser; y que, en términos de sentimientos humanos y modos de estar en el mundo, puede llamarse depresión, tristeza y acidia. El hermano del protagonista se queda en su barco, tal como está, y no se decide a saltar, y desaparece: en un dejar hacer y dejarse hacer, y dejar que el caos del mundo prosiga. Lo que puede ocurrir en un clima de desesperación y angustia, a gritos; o, más frecuentemente, de desidia, resignación, escapando por las esquinas.

¿El abismo de una Europa indiferente y triste...? ¿O quizá lo que sería el de una Europa mediocre, provinciana, centrada en sí misma y en un mal-recordar lo que ha solido llamar sus triunfos pasados, colonias y conquistas, vueltos a imaginar una y otra vez a la vista de la ideología, la mentalidad, los lugares comunes de cada momento? ¿En clave depresiva, o en clave de autoexaltación? ¿Sin saber qué hacer con, y por, el resto del mundo? ¿Sin paz interna, y sin misión de paz genuina en un mundo que ahora se pregunta si fue suyo durante dos o tres siglos, con sus méritos, sí, pero relativamente efímeros, y medio gloriosos y medio dudosos?

Una Europa de la indiferencia recíproca (recordemos con Proust, el leve paso que separa la indiferencia y la crueldad; 1954 [1917]: 165]), y no una basada en la amistad. Indiferencia que acompaña a la amistad perdida; y tristeza que acompaña a la ruptura de una amistad. Una amistad que se había construido en torno a experiencias comunes, más allá del juego de intereses e ideas; y desaparece.

Y aquí, a propósito de lo que pudiera ser una percepción súbita de un fondo del abismo, me remito al testimonio personal, sentido y genuino, de una profesional, jurista y empresaria española afincada en Inglaterra muchos años, al evocar su propia experiencia del *Brexit*. Su testimonio, sentido y genuino, resalta la tristeza no ´sólo de la despedida actual, sino de ver un "haber vivido juntos" convertido en un "haber creído haber vivido juntos". En sus palabras: "¿Sabes lo que se siente cuando lo has dado todo por una persona y en el momento más inesperado te deja tirado como si no le importaras? Pues sustituye 'persona' por 'país' y eso es lo que siento yo con la salida del Reino Unido de la Unión Europea: abandono, una decepción enorme y sobre todo tristeza, muchísima tristeza. Los europeos que hemos vivido en el Reino Unido (...) hemos construido nuestras vidas con los británicos... pagado impuestos, contribuido a sus empresas (...) criado nuestros hijos, hecho amistades, apoyado iniciativas (...) tratado a su

país como si fuera nuestro (...) querido a su país como si fuera nuestro" (González Durántez, 2020).

A su vez, la tristeza de la amistad perdida puede prolongar una previa indiferencia mutua; que quede de manifiesto en cualquier momento. Por ejemplo, la que se ha observado con la primera reacción europea a la pandemia – que ha sido, curiosamente, la de distanciarse unos de otros. Sólo después, recapacitando, pensando en lo que a la larga les interesa, han ido los distintos países iniciando una conversación con vistas a una posible coordinación sanitaria y económica, vislumbrando grandes planes – y ya veremos lo que ocurre. En todo caso, sea romper lazos sea saltar juntos, la posibilidad está abierta de hacer la apuesta, y jugar la partida.

El salto, y una partida con una estrategia de fondo y un objetivo a largo

La combinación de las varias crisis antes descritas nos sitúa ante una opción dramática entre una sociedad civilizada y una deriva caótica –una suerte de apuesta pascaliana entre la justicia y el caos (Pascal, 1950 [1659-1661]: sección 3). La opción, la batalla entre ambas, se dirime en muchos terrenos de combate; y, para facilitar una visión estratégica del conjunto, propuse, en un ensayo anterior (Pérez-Díaz, 2020), la imagen de una serie de partidas simultáneas de ajedrez. El "salto al barril" sería una de ellas: una partida de alcance estratégico que condiciona el objetivo y, con él, el rumbo, el fondo y el largo plazo del proceso en curso.

Ese objetivo puede ser definido de maneras muy diferentes, según la perspectiva que se adopte. La adoptada aquí es una anclada en la memoria de Occidente, que responde una tradición intermitente en él (y no sólo en él) desde hace unos dos milenios y medio; y que la cultura de la modernidad intenta reconfigurar, con éxito variable (y limitado) desde hace unos pocos siglos. El objetivo sería, en este caso, el de acercarnos al ideal de una sociedad "civilizada y razonable"; entendiendo como tal una en la que una economía de mercado (expresión de la libertad de las personas) está incorporada a, y es parte de,[8] un conjunto que incluye un sistema de bienestar, un marco regulatorio prudente, un estado limitado, una democracia liberal participativa, un espacio público autónomo y vivaz, un estado de derecho, una división de poderes. Ese conjunto institucional animado e inspirado por, y basado en, una cultura compleja y fragmentaria, que intenta combinar el reconocimiento de la libertad personal con el sentimiento moral del cuidado por los demás y por la comunidad como tal. Un componente sustancial de ese conjunto es un tejido asociativo libre, plural y dinámico. Tejido asociativo (formal e informal y familiar) sin el cual el resto se corrompe: el mercado, el espacio público, la democracia, la ley – y sin el cual la cultura, en particular, se queda en doctrinas y exhortaciones, ideas y palabras colgadas del aire.

Este objetivo de una sociedad razonable y reconciliada no es, ni pretende ser, una novedad de la última hora. En realidad, un modelo parecido, en todo o en parte, al que acabo de esbozar ha sido una referencia recurrente de nuestra experiencia histórica, y, en todo o en parte, se le recuerda, incluso ahora, con bastante (¿cada vez con más?) frecuencia. Podemos considerar este objetivo (ambicioso) como un objetivo plausible (posible y deseable) que forma parte destacada de un imaginario colectivo europeo tradicional, por ejemplo (con tonalidades y ajustes distintos en unos y otros pagos). Algo así como una estrella polar, un signo en el horizonte, y como tal ya parte del paisaje – y ello aun siendo muy conscientes de que las realizaciones efectivas de este modelo en la historia han solido ser poco más que un *second best* o *lesser evil* en comparación con sus alternativas del momento (Pérez-Díaz, 2014).

[8]En los términos de Polanyi (1992 [1944]), estaría *embedded* en ese conjunto – conjunto al me suelo referir en otros lugares con la expresión "sociedad civil en sentido amplio" (Pérez-Díaz, 2014).

Pero tal vez este saber que la realización de aquel objetivo es problemática importe, y mucho, pero no importe tanto. Porque, por un lado, el realismo nos obligue a reconocer que la sociedad ideal está sujeta a derivas oligárquicas y demagógicas recurrentes, y esta realidad se resista a las buenas intenciones; pero, por otro lado, esta resistencia de la realidad nos sea útil. Por ejemplo, puede funcionar como un incentivo para armarnos de paciencia y perseverar; y para adaptarnos a, y estar atentos y aprender de, la senda zigzagueante del pasado y de los muchos experimentos en curso del presente. Puede incluso estimularnos para no desfallecer en el empeño de conservar la altura de miras y el espíritu magnánimo. Recurriendo para ello, entre otras cosas, a un fondo de simbolismos propicios – que incluyen, por ejemplo (y apenas sin salir de la Baja Edad Media y la Toscana...), la imagen de la danza sienesa del fresco de Lorenzetti (Skinner, 2002) celebrando la paz del *buon governo*: imagen hermanada con la retórica de un poder político visto en clave, no ya de mero anti-maquiavelismo, sino de un "gobernar es servir" que vendría a ser una suerte de equivalente al "gobierno maternal" (*sicut mater*) que recomendara Francisco de Asís en su carta al hermano León.[9]

Todo lo cual nos recuerda lo mucho que puede haber de magnanimidad en lo humilde, y de grandeza en lo pequeño (y de actual en lo aparentemente anacrónico). Y ya llegados a este punto, termino este ensayo centrándome, precisamente, en el "detalle" del tejido asociativo.

5. Importancia estratégica de los pequeños espacios y las gentes corrientes, el sentido común y la sociedad civil

Los grandes proyectos y los pequeños espacios socioculturales

Los grandes proyectos requieren atención a los detalles. A la hora de diseñar y poner en práctica una estrategia para alcanzar el gran objetivo de una sociedad como aquella a la que me vengo refiriendo, habría que coordinar, o al menos tener en cuenta, una variedad de operaciones y sus correspondientes partidas simultáneas. Probablemente, las de encontrar una voz en la geopolítica mundial, acometer políticas económicas y sociales de gran envergadura, grandes reformas estructurales, el cultivo de ritos y relatos complejos, la implementación, en general, de una política deliberada de creación de incentivos institucionales que sirvan como palancas que orienten, en un sentido u otro, las conductas de las gentes, el reforzamiento de un orden jurídico que minimice la probabilidad de la violencia, y tantas otras. Pero ahora quiero fijarme, solamente, en una pieza estratégica crucial y sin embargo, en general, desatendida.

Me explico. Todas las grandes políticas y estrategias antes mencionadas requieren ser implementadas y continuadas en el tiempo; y esto a su vez requiere una ciudadanía en la que tiendan a prevalecer lo que podríamos llamar, modo aristotélico, "las virtudes de la multitud" (Cammack, 2013). Porque lo cierto es que las elites mandan, pero en el largo plazo la realidad es que ni mandan tanto, ni los procesos históricos les suelen obedecer, como quisieran. De modo que, a la larga, necesitan cierta forma de consenso, aquiesciencia, colaboración por parte de una ciudadanía que, en su caso, no sólo haga suyas las eventuales reformas y políticas públicas, sino que participe en su discusión; e incluso las inicie y las experimente por su cuenta – y llegue hasta educar a sus elites, mediante la inyección de dosis masivas de sentido común (y no de "lugares comunes") y de sentido de lo común.

Al mismo tiempo, y tratando de seguir siendo realistas, conviene recordar (a la vista de una experiencia de algunos milenios) que la ciudadanía puede comportarse tanto de manera

[9]Quizá una pieza de una utopía retrospectiva (¿y postmoderna?) de "democracia medieval" (Dalarun, 2012).

razonable y cívica, como de otra muy distinta: una manera clientelista, o simplemente mafiosa, por ejemplo, o la propia de gentes bipolares que alternan la sumisión con la indignación, o se dejan llevar a la búsqueda y la persecución de chivos expiatorios a instancia de los demagogos e inquisidores de turno.

Buena parte de la respuesta a la cuestión sobre si la sociedad se comportará de una manera u otra depende de la mayor o menor presencia en ella, de un tejido asociativo determinado: uno donde encontrar los espacios socioculturales precisos para que los individuos puedan formar hábitos de razonabilidad y de civismo, es decir, hábitos de respeto a las diferencias y a la libertad de otros junto con la disposición para la cooperación y la competición leal, y desarrollar su capacidad para observar la realidad, poner a prueba los juicios propios y ajenos, y ordenar sus pensamientos y expresarse en público. Esos espacios socioculturales son de dimensión variable pero generalmente modesta, abarcable, lo cual puede favorecer la formación y el desarrollo del carácter apropiado para formar parte activa de una comunidad política.

Volviendo a las metáforas literarias anteriores, la imagen del barril evoca justamente un espacio protector y protegido con el que se funde el náufrago en un abrazo (un espacio como el círculo de compañeros del camino de las losas amarillas, de Dorothy, hacia Oz); y remite a la experiencia primordial de espacios pequeños, de tratos y apoyos mutuos: comunidades de juego o trabajo o estudio, un tejido asociativo diverso, redes socio-familiares – que hacen posible la combinación de interacciones, organización y sentimientos de los grupos pequeños, que constituyen las formas elementales de la sociedad (Homans, 1961). No se trata de la parte más famosa o poderosa de la sociedad; pero digamos que tal vez, de la misma manera que la inutilidad puede ser la clave de lo más útil (Leys, 2012), la verdadera grandeza (el típico objetivo de los magnánimos) se puede comprender y quizá conjugarse mejor en los términos de lo más humilde.

Sobre el compromiso "aquí y ahora": entre "agarrar el instante" y la acidia

Tanto más cuanto que colocar el foco de la atención en ese tejido asociativo nos ofrece una oportunidad para comprometernos en una estrategia *sui generis*, dispersa y discreta, de "guerra de guerrillas" – pensada para una intervención "desde ya" (y no en la clave irónica de Larra, del "vuelva Vd. mañana"), es decir, en el aquí y ahora de cada cual en su entorno próximo.

Desde esta perspectiva, el salto sobre el abismo del *Maelström* podría repensarse en clave de *carpe diem*, de un agarrar el instante, considerándolo como una oportunidad única y, al tiempo, como una expresión (agradecida) del milagro de estar vivos – y de estar juntos, y así, de entender algo y ser capaces de hacer algo. Entenderlo, hacerlo cada cual por sí mismo, y con otros. Asumiendo así la responsabilidad por ello, sin delegarla en instancias lejanas – en los políticos, por ejemplo. Y una vez emprendida la marcha, continuarla. Como si la razón de ser y el ser mismo de cada cual fuera su camino, como para el escalador el camino que conduce a la cima es ya la cima (Söhngen, 1961: 80).

Mientras que, por el contrario, el no saltar, el "no hacer nada", fuera una manera de dejar las cosas sin entender, y un testimonio de la acidia de quien, rehusando el salto, se resigna a dejarse llevar por el remolino hacia la nada. Eso sí, quejándose e indignándose, probablemente con la boca cada vez más pequeña, porque se siente cada vez más solo; o bien, ironías quizá de la ambigüedad humana, resignado a lo que le parece una elección divina.

En definitiva, una gran estrategia que tiene como último objetivo lograr una sociedad libre, veraz, reconciliada, sólo se alcanza mediante un cultivo del carácter y el hábito, en otras palabras, alguna variante de una "política de la virtud" (Milbank y Pabst, 2016) que desborda la

mera política; es decir, una cultura vivida que abarca formas diversas de la vida de los ciudadanos en general. No una cultura reducida a la proclamación de unos valores, sino entendida como performance, como forma de vida; de vida virtuosa y valerosa. Ello se aplica, en particular, a las gentes corrientes; quienes sólo podrán ejercer el control adecuado sobre (y educar a) aquellas elites, si, al tiempo que contienen su soberbia, resisten su propia tendencia (su tentación) a la servidumbre voluntaria.

Volviendo a tener en cuenta la perspectiva de los "optimistas pragmáticos"

Construir una comunidad política es un juego de todos, de los ciudadanos corrientes y de las elites. Y esto lo saben bien las propias elites, aunque asuman incluso con entusiasmo su papel de protagonistas de la vida pública. Habituadas a manejar el sistema día a día, y a parecer que lo manejan en tiempos de crisis, es comprensible que tiendan a asumir una actitud más bien "pragmática y optimista" por lo que se refiere a la sucesión de los acontecimientos (casi siempre "bajo control") y la consecución de sus fines (aunque siempre necesitados de algunos compromisos).

Su *tempo* es un tanto sobresaltado, pero disfrutan de muchos momentos de pausa, no sólo para distraerse y disfrutar de su celebridad, sino también para perfeccionar sus técnicas políticas, lo cual les da una oportunidad para refinar su astucia, o su prudencia. Lo cual, de conseguirlo, les puede hacer que aprendan que, en los asuntos importantes, la aquiescencia de las gentes corrientes (voto incluido), que tanto necesitan, puede ser flor de un día. En buena parte porque, en asuntos complicados como por ejemplo los que atañen a temas económicos (y ecológicos, y geopolíticos...), las informaciones de base son muchas y enrevesadas, y (estando el demonio en los detalles) difíciles de entender. De modo que, por mucho que, por mor de conseguir la aquiescencia de la ciudadanía, se trate de simplificar el debate con las heurísticas de izquierdas y derechas, y de identidades colectivas diversas, el hecho es que el público hace suyas las políticas públicas *sólo hasta cierto punto*. A la hora de la verdad, la adhesión de "las masas" (un término caído en cierto descrédito) a slogans, programas e imágenes de sus líderes, suele revelarse como superficial y provisional. Tanto más cuanto que, se lo confiesen o no, los ciudadanos tienen las lecciones del pasado aprendidas con alfileres, y, además, se fían poco de sus políticos.

Esta reticencia de la sociedad da un carácter de fragilidad a todas las grandes decisiones estratégicas que tomen las elites; el apoyo de la sociedad no acaba de estar ahí, y menos aún de manera durable y razonada. Y ello repercute en el hecho de que cualquier acuerdo entre las elites suele ser asimismo frágil, y puesto en cuestión en cuanto cambia la relación de fuerzas: al día siguiente de firmarlo, por así decirlo. Lo cual pone de relieve la conveniencia de que el rumbo esté suficientemente definido y sirva de referencia para las posiciones que se adopten, y de horizonte a la coyuntura del momento; y así permita un diálogo que haga posible la sensación de que se va aprendiendo tanto del cumplimiento de las expectativas como de su incumplimiento.

A título de ejemplo, y para ilustrar la necesidad de tener un rumbo y un objetivo a largo plazo, cabe evocar la importancia del proyecto de crear un espacio de amistad entre Cataluña y el resto de España; lo que a su vez estaría relacionado con el objetivo de unir a Europa (y podría tener también profundas consecuencias en el manejo de la pandemia). Siendo realista (o "pragmatista") habría que reconocer que, a falta de un espacio de amistad (al menos uno en trance de hacerse) tanto la integración de Cataluña en España parecerá forzada para los dos millones de independentistas, como su separación lo será para los dos millones de no-independentistas, y el resto de los españoles. "Forzada" significa impuesta, ergo, generadora de resentimiento y hostilidad. Esto afectaría no sólo a España sino a toda Europa, que vería cómo

se creaba un foco de desencuentros, continuos o recurrentes, de gravedad variable pero con frecuencia muy preocupantes, en una zona crucial de su territorio, a caballo entre el Atlántico y el Mediterráneo occidental. Es obvio que esto sería un estímulo para el desarrollo de tensiones interestatales e interregionales; y que, en términos geopolíticos, supondría un flanco débil muy peligroso.

Pero he aquí que, una vez más, la perspectiva (limitada y sesgada) de los pragmatistas puede contribuir, indirectamente, a un mejor entendimiento de la situación. Porque cabe preguntarse: ¿cómo seguir adelante con el proyecto ambicioso, mitopoético y religioso/cuidadoso de una comunidad humana reconciliada, o un espacio de amistad, si se descuidan los "detalles prácticos" de los conflictos económicos, políticos y sociales? En tal caso, las exhortaciones corren el riesgo de ser irrelevantes. Los grandes ideales se quedan en meras palabras.

Ahora bien (y continuando el argumento) sucede que para conseguir resultados inmediatos y tangibles el primer paso es... que cada cual dé *su* primer paso, se haga responsable de lo que hace, y busque la manera de dar el paso siguiente. Que cada cual se sienta en cierto modo un Sócrates que formula su pregunta y atiende a la respuesta del oráculo, su voz interior y la de su comunidad próxima, la que encuentra, y le resiste, y a la que hace y rehace (o así lo intenta) una y otra vez, con sus "diálogos socráticos", y los muchos quehaceres del convivir, y guerrear, juntos.

Según esto, los ciudadanos de a pie de nuestras sociedades contemporáneas pueden, por un lado, entender, criticar, corregir, pedir cuentas, y por otro, hacer algo por su cuenta. O lo que viene a ser lo mismo: participar activamente en el debate público, y dar curso a un sinnúmero de iniciativas por su cuenta, sin esperar permiso. Con una dosis sustancial de sentido común y sentido de lo común proporcionados por su experiencia cotidiana – y corroborados, en buena medida (con su lógico margen de incertidumbre), por la sabiduría popular y la sapiencial al menos desde hace algunos milenios: nada que exija perentoriamente un seminario académico, un adoctrinamiento político, un impulso dogmático, una campaña de comunicación, o una innovación tecnológica o empresarial especial.

A modo de exordio final

Es cuestión de ponerse a la tarea, pie a tierra. La tarea de los cursos escolares, los trabajos, las empresas, la asistencia sanitaria, la información y la forma y el contenido de las comunicaciones, las máscaras, el uso de las lenguas, la ayuda a las familias y/o permitir a las familias que se ayuden a sí mismas – y la continua "rectificación de los nombres" que acompañe a estos afanes continuos. Tema a tema, vislumbrando el conjunto, pero yendo por partes. Nos tocaría a todos, uno por uno, y unos con otros. Tocaría decidir el voto, la voz, los actos de cada cual – y que, junto con esa decisión, tan de cada uno, viniera la experiencia y la conciencia de lo poco que todo eso significa si no viene acompañado de un hacer con otros.

La propuesta de combinar la visión del objetivo final con la sucesión de movimientos inmediatos sugiere una estrategia no de "salida" sino de "superación" de la crisis, que a su vez requiere un ejercicio de comprensión e interpretación de los agentes en cuestión, teniendo en cuenta sus perspectivas y sus estrategias, influidas como éstas lo están por sus experiencias de vida, y por una constelación de simbolismos de orígenes diversos – incluyendo los procedentes de la sabiduría sapiencial de los tiempos axiales, de tradiciones culturales varias, hasta el momento actual.

He ilustrado el curso de mi argumento con diversas referencias, y lo concluyo con una muy breve a las artes plásticas y la literatura, imágenes y narrativas. Como ya he señalado, los frescos de

Lorenzetti sobre *Il buon governo* expresan la aspiración y la nostalgia de una comunidad reconciliada. Danza de la paz, y de la magnanimidad y de la vida, la cual brotaría por ello con mayor ímpetu. Pero es interrumpida por una crisis, una guerra, una peste. Y la imagen plástica cede el paso a una narrativa; en la que el círculo se rompe y el barco se hunde en medio de un torbellino, el *Maelström* de Poe. Entonces tiene lugar una reacción, el "salto al barril", cuyo ímpetu ascensional hace como si el agua se convirtiera en lava, y el agujero negro, en un volcán en erupción, con su remolino de tierra y fuego, de formas compactas, en la pintura expresionista abstracta de *El cráter* de Marina Olivares -- el pozo se transmutaría en una montaña que surge y gira y crece (Olivares: 1999, figura 23). ¿Diríamos que su impulso le orienta hacia más allá de las estrellas? En ese caso es como si un nuevo personaje, y un personaje muy nuestro, imprevisto pero no inesperado, se desvelara finalmente y se pusiera de manifiesto. Y asistiéramos a la escena de la Europa raptada y liberada de la oda de Horacio (*Odas*, Libro Tercero, XXVII: 29-32): "la que buscaba flores en los prados, y trenzaba coronas a las ninfas, y ahora, en noche incierta, ve tan solo astros y olas" – y prolonga su búsqueda, más allá de los cielos y de la mar profunda.

Referencias bibliográficas

Abellán García, Antonio; María del Mar Aceituno Nieto y Diego Ramiro Fariñas. 2019. "Estadísticas sobre residencias: distribución de centros y plazas residenciales por provincia. Datos de abril de 2019", *Informes Envejecimiento en Red*, 24.

Analistas Socio-Políticos. 2021. *Encuesta ASP 20.066.*

Bachelard, Gaston. 1943. *L'air et les songes: Essai sur l'imagination du mouvement.* París: Librairie José Corti.

Brooks, David. 2020. "Mark Shields and the best of American Liberalism", *The New York Times,* 21 de diciembre.

Cammack, Daniela. 2013. "Aristotle and the Virtue of the Multitude". *Political Theory*, 41, 2: 175-202.

Cervantes, Miguel de. 1981 [1605]. *Don Quijote de la Mancha.* Madrid: Aguilar.

Círculo Cívico de Opinión. 2020. "Posiciones. COVID-19, ESPAÑA-20", abril.

Cohen, Michael. 2016. *American* Maelström*: the 1968 Elections and the Politics of Division*. Oxford: Oxford University Press.

Dalarun, Jacques. 2012. *Gouverner c'est servir: Essai de démocratie médievale*. París: Alma Éditeur.

González Durántez, Miriam. "Un camino de sudor y hierro tras el Brexit", *El Mundo*, 31 de enero de 2020.

Homans, George. 1961. *Social Behavior: Its Elementary Forms.* Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

Horacio. 2005 [23 a. C.]. *Odas*. Trad. Alejandro Bekes. Buenos Aires: Losada.

Ioannidis, John P. A. 2020. "A fiasco in the making? As the coronavirus pandemic takes hold, we are asking decisions without reliable data", *STAT*, 17 de marzo.

Judt, Tony. 1996. *A Grand Illusion? An Essay on Europe.* Nueva York: Hill and Wang.

Kissinger, Henry. 2014. *World Order: Reflections on the Character of Nations and the Course of History.* Nueva York: Penguin.

Laignel-Lavastine, Alexandra. 2005. *Esprits d'Europe: Autour de Czeslaw Milosz, Jan Patocka, Istvan Bibó*. París: Gallimard.

Leys, Simon. 2012. *Le Studio de l'inutilité*. París: Flammarion.

Milbank, John y Adrian Pabst. 2016. *The Politics of Virtue.* Londres: Rowman and Littlefield.

Nietzsche, Friedrich. 1968 [1888]. *Twilight of the Idols. The Anti-Christ.* Trad. R. J. Hollingdale. Penguin.

Nietzsche, Friedrich. 1979 [1888]. *Ecce Homo* Trad. R. J. Hollingdale. Penguin.

Nye, Joseph. 2015. *Is the American Century over?* Cambridge: Polity.

Oakeshott, Michael. 1996. *The Politcs of Faith and the Politics of Scepticism.* New Haven y Londres: Yale University Press.

Olivares, Marina. 1999. *Obra.* A Coruña: Fundación Caixa Galicia.

Olsen, Johan. 2017. *Democratic Accountability, Political Order, and Change.* Oxford: Oxford University Press.

Pascal, Blaise.1950 [1659-1661]. *Pensées*. Ed. Leon Brunchsvicg. París: Hachette.

Pérez-Díaz, Víctor. 1993. *La primacía de la sociedad civil*. Madrid: Alianza.

Pérez-Díaz, Víctor. 1996. *España, puesta a prueba 1976-1996.* Madrid: Alianza.

Pérez-Díaz, Víctor. 1997. "La esfera pública y una sociedad civil europea", en *La esfera pública y la sociedad civil*. Madrid: Taurus, pp. 59-100.

Pérez-Díaz, Víctor. 2014. "Civil society: a multi-layered concept", *Current Sociology*, 62, 6: 812-830.

Pérez-Díaz, Víctor. 2020a. *Tres ensayos sobre Europa / Three Essays about Europe*. Madrid: Funcas.

Pérez-Díaz, Víctor. 2020b. "La superación de los rechazos mutuos. Los problemas de la conversación cívica, y el problema catalán", *ASP Research Papers,* 121(a)/2020.

Pérez-Díaz, Víctor. 2021 (en prensa). "Europa y el triunfo de la paz sobre la guerra", *ASP Research Papers*.

Poe, Edgar Allan. 1978 [1841]. "A Descent into the *Maelström*", en *Selected Writings.* Nueva York: Penguin, pp. 179-188.

Polanyi, Karl. 1992 [1944]. *The Great Transformation: The Political and Economic Origins of Our Time.* Boston: Beacon Press.

Porter, Eduardo y Jim Tankersley. 2020. "Can we put a price tag on a life? Shutdown forces a look", *The New York Times*, 26 de marzo.

Proust, Marcel. 1954 [1917]. *Du cote de chez Swann*, en *À la recherche du temps perdu.* Vol. 1. París: La Pléiade.

Skinner, Quentin. 2002. *Visions of Politics.* Vol. 2. Cambridge: Cambridge University Press.

Söhngen, Gottlieb. 1961. *El camino de la teología occidental*. Trad. Jesús Aguirre. Madrid: Revista de Occidente.

Staël, Madame de. 1965 [1813]. *De l'Allemagne*. París: Guibert Flammarion.

Voegelin, Eric. 1989. *Autobiographical Reflections.* Ed. Ellis Sandoz. Baton Rouge: Louisiana State University Press.

Walicki, Andrzej. 1979. *A History of Russian Thought from the Enlightenment to Marxism.* Trad. Hilda Andrews-Rusiecka. Stanford: Stanford University Press.

Zhang Weiwei. 2017. "The China Wave: The Rise of a Civilizational State", *EIR*, 18 de agosto.

ASP Research Papers

Últimos números publicados

123(a) 2021 **Víctor Pérez-Díaz**, Los mercados como conversaciones: la contribución de los mercados a la civilidad, la esfera pública y la sociedad civil

122(a) 2020 **Víctor Pérez-Díaz**, El debate público y los ilustrados benévolos

121(a)/2020 **Víctor Pérez-Díaz**, Superando los rechazos mutuos. Conversación cívica y manejo de los sentimientos: a propósito del problema catalán

120(b)/2020 **Víctor Pérez-Díaz**, The chess game of the European *demos*: building Europe with an indirect strategy of simultaneous games

120(a)/2019 **Víctor Pérez-Díaz**, El juego del ajedrez del *demos* europeo: haciendo Europa con una estrategia indirecta de partidas simultáneas

119(b)/2020 **Víctor Pérez-Díaz**, A Proustian project for Europe: exploring a possible future

119(a)/2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Un proyecto proustiano para Europa: explorando un futuro posible

118(b)/2020 **Víctor Pérez-Díaz**, Europe as Icarus or Daedalus, with wings of wax. Beyond polarization: a time for learning

118(a) 2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Europa como Ícaro o como Dédalo, con alas de cera: más allá de la polarización y tiempos de aprendizaje

117(a)/2019 **Víctor Pérez-Díaz**, Europa entre el compromiso y la polarización: un debate en curso

116(a)/2018 **Joaquín P. López Novo**, El capitalismo financiarizado y la cultura del autoempoderamiento del individuo

115(b)/2018 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, Moral culture and innovation in Europe

114(a)/2018 **Víctor Pérez-Díaz**, Formas políticas frágiles: la doble dualidad democrática y el buen sentido ciudadano

113(a)/2017 **Juan Carlos Rodríguez**, El desafío independentista: sociedad y política en la Cataluña actual

112(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The voice of the society and the crisis: potential and limits of reflexivity and civility

111(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, The future of work: new workers, new citizens

110(b)/2017 **Víctor Pérez-Díaz**, The sleep of reason produces monsters: on the subject of civic demands and capacities today

109(a)/2015 **Joaquín Pedro López Novo**, El camino abandonado: una reflexión sobre el declive de la visión humanista de la empresa

108(a)/2014 **María García**, Fundamentos de una sociedad civil según Víctor Pérez-Díaz

107(a)/2013 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La crisis de las cajas de ahorros y su alejamiento del modelo tradicional

106(a)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, Maestros y discípulos

105(b)/2012 **Víctor Pérez-Díaz**, A 'natural order of things': the Euro crisis and the European demos

104(b)/2011 **Víctor Pérez-Díaz**, The avatars of advanced modernity: the risk that civil society in advanced modernity becomes an oligarchical city

103(a)/2011 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, Cultura moral e innovación productiva en Europa

102(b)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, **Elisa Chuliá**, **Joaquín P. López Novo y Berta Álvarez-Miranda**, Catholicism, social values and the welfare system in Spain

101(a)/2010 **Joaquín P. López Novo**, Expansión del yo y transformación personal: el florecimiento de la cultura de la transformación personal en la sociedad actual

100(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz**, La cultura de la ciencia y la convergencia de España con los países avanzados

99(a)/2010 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Carlos Rodríguez**, La travesía del desierto

98(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Tiempos de desorden y espíritu cívico: el lado de la sociedad

97(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, El malestar de la democracia aquí y ahora: el lado de la clase política

96(a)/2009 **Juan Jesús Fernández** y **Juan Carlos Rodríguez**, Los orígenes del fracaso escolar en España: un estudio empírico

95(a)/2009 **Elisa J. Sánchez Pérez**, La participación electoral en España e Italia y su interpretación desde la perspectiva del capital social

94(a)/2009 **Berta Álvarez-Miranda**, La diversidad de los inmigrantes musulmanes en Europa

93(a)/2009 **Izabela Barlinska**, Fluctuaciones de la confianza en tiempos de globalización y de transiciones socio-políticas

92(a)/2009 **Joaquín P. López Novo**, Laicidad y laicismos en España: ¿qué España laica?

91(a)/2009 **Benjamín García Sanz,** Agricultura y vida rural

90(a)/2009 **Evelyne López-Campillo**, En torno al casticismo de Europa

89(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz**, Modernidades confusas y círculos de solidaridad

87(a)/2009 **Víctor Pérez-Díaz** y **Juan Jesús Fernández**, Las relaciones entre la confianza y el asociacionismo en la generación de capital social: observaciones sobre la experiencia latinoamericana

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.
Comandante Fortea, 3 - 12º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 91 5414746 • e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas. En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies. Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios, S. L.

Comandante Fortea, 3 - 12 º dcha. 28008 Madrid (España)
Tel.: (34) 915414746 · e-mail: asp@asp-research.com
www.asp-research.com